

Oh, la tormenta engendrada a la carrera,  
el grito agudo de la muerte  
y el golpe que alcanza la vena,  
la hermita que nadie puede derribar, la culpa,  
la maldición que ningún hombre puede soportar.

Pero hay una cura en su casa,  
Y no fuera de ella, no  
no de ningún otro excepto de ellos.  
su binody strife. Os cantamos,  
dioses oscuros bajo la tierra.  
Ahora oid, vosotros extasiados poderes subterráneos  
responded a la llamada, enviad ayuda.  
Benedicid a los niños, dadles el triunfo ahora.

*Aeschylus, The Libation Bearer*

**ATENCIÓN:** versión beta  
Sin revisar, se irá  
revisando de a poco.

**Traducción:** Equipo de  
traductores LLL, y  
correctores.

**Edición en PDF:**  
LordPotter

La muerte atraviesa el mundo, como los amigos los mares; viven en otro presente, ese amor y vida que es omnipresente. En este divino cristal, miran cara a cara; y su conversación es libre, al igual que pura. Este es el consuelo de los amigos, que puede que se diga que han muerto, pero para sus amistades y para la sociedad están, en el mejor de los sentidos, siempre presentes, porque son inmortales.

*William Penn, More Fruits of Solitude*

Traducido por: Crislibros, LLL

---

LA DEDICATORIA DE ESTE LIBRO  
SE DIVIDE EN SIETE PARTES

PARA NEIL,

PARA JESSICA,

PARA DAVID,

PARA KENZIE,

PARA DI,

PARA ANNE,

Y PARA TI.

SI TE HAS QUEDADO

JUNTO

A HARRY

HASTA EL MISMÍSIMO

FINAL.

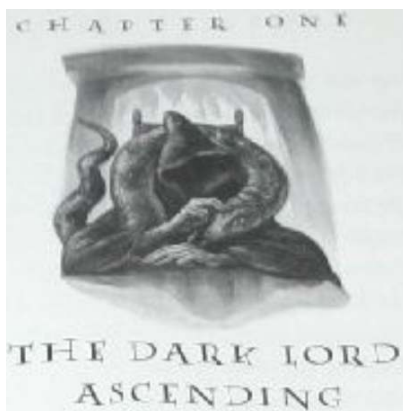
Traducido por: lordpotter

# HARRY POTTER AND THE DEATHLY HALLOWS

HARRY POTTER Y LAS RELIQUIAS DE LA MUERTE



J.K.Rowling



## CAPÍTULO 1

### EL ASCENSO DEL SEÑOR OSCURO

Los dos hombres aparecieron de la nada, a unas yardas de distancia en un sendero angosto e iluminado por la luna. Por un segundo se quedaron quietos, apuntándose con las varitas el uno al pecho del otro: luego, habiéndose reconocido, las guardaron bajo sus capas y se pusieron a caminar, lado a lado, en la misma dirección.

- ¿Alguna novedad? -preguntó el más alto de los dos.

-La mejor.-respondió Snape.

El sendero estaba bordeado a la izquierda por matorrales silvestres de lento crecimiento, a la derecha con un alto y pulcramente recortado seto. Las largas capas de los hombres flameaban alrededor de sus tobillos mientras marchaban.

-Aunque podría ser tarde, -dijo Yaxley, sus rasgos fofos entraban y salían de la vista cuando las ramas de los árboles colgantes interrumpían la luz de la luna-. Fue un poco más engañoso de lo que pensaba. Pero espero que esté satisfecho. Pareces confiar en que tu recepción será buena. Snape asintió, pero no se explicó. Giraron a la derecha, a un amplio camino de acceso en el que desembocaba el sendero. El alto seto se curvaba alejándose de ellos, extendiéndose en la distancia más allá del par de impresionantes verjas de hierro que interrumpían el camino de los hombres. Ninguno de ellos dio un paso; en silencio ambos alzaron sus brazos izquierdos en una especie de saludo y pasaron a través del metal oscuro que era humo.

*The yew hedges* amortiguaban el sonido de los pasos de los hombres. Se oyó un susurró en algún lugar a su derecha; Yaxley sacó su varita, de nuevo probó no ser nada más que un pavo real blanco, pavoneándose majestuosamente a lo largo de lo alto del seto.

-Lucius siempre se lo tuvo muy creído. Pavos reales... -Yaxley metió su varita de vuelta bajo su capa con un resoplido.

Una hermosa casa solariega surgió en la oscuridad al final del recto camino, con luces destelleando en las ventanas con forma de diamante del piso inferior. En algún lugar del oscuro jardín más allá del seto una fuente estaba en funcionamiento. La grava crujió bajo sus pies cuando Snape y Yaxley se apresuraron hacia la puerta principal, que se abrió hacia adentro ante su aproximación, aunque no había nadie visible que la abriera.

El vestíbulo era grande, pobremente iluminado, y suntuosamente decorado, con una magnífica alfombra que cubría la mayor parte del suelo de piedra. Los ojos de los retratos de caras pálidas en las paredes siguieron a Snape y Yaxley mientras los pasaban a grandes zancadas. Los dos hombres se detuvieron ante una pesada puerta de madera que conducía a la siguiente habitación, dudando durante el espacio de un latido de corazón, entonces Snape giró la manilla de bronce.

El estudio estaba lleno de gente silenciosa, sentada a lo largo de una mesa ornamentada. El mobiliario usual de la habitación había sido empujado descuidadamente contra las paredes. La iluminación provenía de un rugiente fuego bajo una hermosa chimenea de mármol trasmontada por una ventana dorada. Snape y Yaxley se demoraron un momento en el umbral. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, fueron atraídos hacia adelante por los extraños rasgos de la escena de una figura humana aparentemente inconsciente que colgaba bocabajo sobre la

mesa, revolviéndose lentamente como suspendida por una cuerda invisible, y reflejada en el espejo y en la desnuda y pulida superficie de la mesa de abajo. Ninguna de las personas sentadas bajo esta singular visión estaba mirándola excepto por un joven pálido sentado casi directamente bajo ella. Parecía incapaz de evitar mirar hacia arriba a cada minuto o así.

-Yaxley, Snape, -dijo una voz alta y clara desde la cabecera de la mesa-. Llegáis convenientemente tarde.

El que hablaba estaba sentado directamente ante el fuego, así que fue difícil, al principio, para los recién llegados divisar algo más que su silueta. Cuando se acercaron, sin embargo, su cara brilló a través de las sombras, sin pelo, con aspecto de serpiente, con rajas por nariz y brillantes ojos rojos cuyas pupilas eran verticales. Estaba tan pálido que parecía emitir un brillo perlado.

-Severus, aquí, -dijo Voldemort, señalando el asiento a su inmediata derecha-. Yaxley... junto a Dolohov.

Los dos hombres ocuparon sus lugares asignados. La mayoría de los ojos alrededor de la mesa siguieron a Snape, y estaban posado en él cuando Voldemort habló primero.

-¿Y?

-Mi Señor, La Orden del Fénix tiene intención de trasladar a Harry Potter de su actual lugar seguro el próximo Sábado, al anoecer.

El interés alrededor de la mesa se agudizó palpablemente. Algunos se tensaron, otros se inquietaron, todos miraban fijamente a Snape y Voldemort.

-Sábado... al anoecer, -repitió Voldemort. Sus ojos rojos se fijaron en los negros de Snape con tanta intensidad que algunos de los observadores apartaron la mirada, aparentemente temerosos de que ellos mismos resultaran quemados por la ferocidad de la mirada. Snape, sin embargo, devolvió la mirada tranquilamente a la cara de Voldemort y, después de un momento o dos, la boca sin labios de Voldemort se curvó en algo parecido a una sonrisa.

-Bien. Muy bien. Y esta información proviene de...

... de la fuente que hemos discutido, -dijo Snape.

-Mi Señor.

Yaxley se había inclinado hacia adelante para mirar mesa abajo hacia Voldemort y Snape.

Todas las caras se giraron hacia él.

-Mi Señor, yo he oído algo diferente.

Yaxley esperó, pero Voldemort no habló, así que siguió,

-A Dawlish, el Auror, se le escapó que Potter no será trasladado hasta el día treinta, la noche antes de que el chico cumpla diecisiete.

Snape estaba sonriendo.

-Mi fuente me dijo que plantarían un falso rastro; este debe ser. Ni dudo de que Dawlish está bajo un Encantamiento Confundus. No sería la primera vez; se sabe que es susceptible.

-Te aseguro, mi Señor, que Dawlish parecía bastante seguro, -dijo Yaxley.

-Si estaba Confundido, naturalmente que estaría seguro, -dijo Snape-. Yo te aseguro, Yaxley, que la Oficina de Aurores no tomará parte en la protección de Harry Potter. La Orden cree que tenemos infiltrados en el Ministerio.

-La Orden tiene razón en algo entonces, ¿verdad? -dijo un hombre bajo y grueso sentado a corta distancia de Yaxley; soltó una risita silbante que resonó allí y a lo largo de la mesa.

Voldemort no rió. Su mirada había vagado hacia arriba hasta el cuerpo que se revolvía lentamente en lo alto, y parecía estar perdido en sus pensamientos.

-Mi señor, -siguió Yaxley-. Dawlish cree que toda una partida de Aurores se ocupará de trasladar al chico...

Voldemort alzó una larga mano blanca, y Yaxley se calló al instante, observando resentido como Voldemort volvía a girarse hacia Snape.

-¿Dónde van a ocultar al chico a continuación?

-En la casa de un miembro de la Orden, -dijo Snape-. El lugar, según la fuente, ha sido equipado con cada protección que la Orden y el Ministerio juntos han podido proporcionar. Creo que habrá poca oportunidad de cogerle una vez esté allí, mi Señor, a menos, por supuesto, que el Ministerio haya caído antes del próximo Sábado, lo cual podría darnos la oportunidad de descubrir y deshacer los suficientes encantamientos como para romper el resto.

-Bien, ¿Yaxley? -llamó Voldemort mesa abajo, la luz del fuego iluminaba extrañamente sus ojos rojos-. ¿Habrá caído el Ministerio para el próximo Sábado?

Una vez más, todas las cabezas se giraron. Yaxley cuadró los hombros.

-Mi Señor, tengo buenas noticias sobre ese punto. He... con dificultad y después de grandes esfuerzos... tenido éxito al colocar una Maldición Imperius sobre Pius Thircknesse.

Muchos de los sentados alrededor de Yaxley parecieron impresionados; su vecino, Dolohov, un hombre con una larga y retorcida cara, le palmeó la espalda.

-Es un comienzo, -dijo Voldemort-. Pero Thicknesse es solo un hombre. Scrimgeour debe estar rodeado por nuestra gente antes de que yo actúe. Un atentado fallido contra la vida del Ministro me hará retroceder un largo tramo del camino.

-Si... mi Señor, eso es cierto... pero ya sabe, como Jefe del Departamento de Refuerzo de la Ley Mágica, Thicknesse tiene contacto regular no solo con el propio Ministro, sino también con los Jefes de todos los demás departamentos del Ministerio. Será, creo yo, fácil ahora que tenemos a un oficial de tan alto rango bajo nuestro control, subyugar a los otros, y después podemos trabajar todos juntos para someter a Scrimgeour.

-Mientras nuestro amigo Thicknesse no sea descubierto antes de convertir al resto, -dijo Voldemort-. En cualquier caso, parece improbable que el Ministerio vaya a ser mío antes del próximo Sábado. Si no podemos tocar al chico en su destino, debemos hacerlo mientras viaja.

-Tenemos ventaja ahí, mi Señor, -dijo Yaxley, que parecía decidido a recibir alguna porción de aprobación-. Ahora tenemos a varias personas plantadas dentro del Departamento de Transporte Mágico. Si Potter se aparece o utiliza la Red Flu, lo sabremos inmediatamente.

-No harán ninguna de las dos cosas, -dijo Snape-. La Orden está esquivando cualquier forma de transporte que esté controlada o regulada por el Ministerio; desconfían de todo lo que tenga que ver con ellos.

-Todavía mejor, -dijo Voldemort-. Tendrá que salir a campo abierto. Más fácil de tomar, con mucho.

De nuevo Voldemort levantó la mirada hacia el cuerpo que se revolvía lentamente mientras seguía,

-Me ocuparé del chico en persona. Se han cometido demasiados errores en lo que a Harry Potter concierne. Algunos de ellos han sido míos. Que Potter viva se debe más a mis errores que a sus triunfos.

La compañía alrededor de la mesa observaba a Voldemort aprensivamente, cada uno de ellos, por su expresión, temiendo que pudieran ser culpados por la continuada existencia de Harry Potter. Voldemort, sin embargo, parecía estar hablando más para sí mismo que para ninguno de ellos, todavía dirigiéndose al cuerpo inconsciente sobre él.

-He sido descuidado, y así me he visto frustrado por la suerte y la oportunidad, demoleroras de nada más y nada menos que de los planes mejor trazados. Pero ahora soy más listo. Entiendo lo que no entendía antes. Debo ser yo quien mate a Harry Potter, y lo haré.

Ante esas palabras, aparentemente en respuesta a ellas, sonó un repentino aullido, un terrible y desgarrador grito de miseria y dolor. Muchos de los sentados ante la mesa miraron hacia abajo, sobresaltados, por el sonido que había parecido surgir de debajo de sus pies.

-Colagusano, -dijo Voldemort, sin cambiar su tono tranquilo y pensativo, y sin apartar los ojos de cuerpo que se removía arriba-. ¿No te he dicho que mantuvieras a nuestro prisionero tranquilo?

-Si, m...mi Señor, -jadeó un hombrecillo en mitad de la mesa, que había estado sentado tan abajo en su silla que ésta había parecido, a primera vista, estar desocupada. Ahora se revolvió en su asiento y salió a toda prisa de la habitación, no dejando tras él nada más que un curioso brillo plateado.

-Como estaba diciendo, -continuó Voldemort, mirando de nuevo a las caras tensas de sus seguidores-. Ahora soy más listo, necesitaré, por ejemplo, tomar prestada la varita de uno de vosotros antes de ir a matar a Potter.

Las caras a su alrededor no mostraron nada menos que sorpresa; podría haber anunciado que quería coger prestado uno de sus brazos.

-¿Ningún voluntario? -dijo Voldemort-. Déjame ver... Lucius, no veo razón para que sigas teniendo una varita.

Lucius Malfoy levantó la mirada. Su piel parecía amarillenta y cerosa a la luz del fuego, y sus ojos estaban hundidos y sombríos. Cuando habló, su voz era ronca.

-¿Mi Señor?

-Tu varita, Lucius. Exijo tu varita.

-Yo...

Malfoy miró de reojo a su esposa, que estaba mirando directamente hacia adelante, tan pálida como él, su largo pelo rubio colgaba por su espalda, pero bajo la mesa sus dedos esbeltos se cerraron brevemente sobre la muñeca de su esposo. Ante su toque, Malfoy metió la mano en la túnica, retirando una varita, y pasándosela a Voldemort, que la sostuvo en alto delante de sus ojos rojos, examinándola atentamente.

-¿Qué es?

-Olmo, mi Señor, -susurró Malfoy.

-¿Y el centro?

-Dragón... nervio de corazón de dragón.

-Bien, -dijo Voldemort. Sacó su propia varita y comparó sus longitudes. Lucius Malfoy hizo un movimiento involuntario; durante una fracción de segundo pareció como si esperara recibir la varita de Voldemort a cambio de la suya. El gesto no le pasó por alto a Voldemort, cuyos ojos se abrieron maliciosamente.

-¿Darte mi varita, Lucius? ¿Mi varita?

Algunos de los miembros de la multitud rieron.

-Te he dado tu libertad, Lucius, ¿no es suficiente para ti? Pero he notado que tú y tu familia parecéis menos felices que antes... ¿Qué hay en mi presencia en tu casa que te disguste, Lucius?

-Nada... inada, mi Señor!

-Que mentiroso, Lucius...

La suave voz pareció sisear incluso después de que la cruel boca hubiera dejado de moverse. Uno o dos de los magos apenas reprimieron un estremecimiento cuando el siseo creció en volumen; algo pesado podía oírse deslizándose por el suelo bajo la mesa.

La enorme serpiente emergió para escalar lentamente por la silla de Voldemort. Se alzó, pareciendo interminable, y fue a descansar sobre los hombros de Voldemort; su cuello era más grueso que el muslo de un hombre; sus ojos, con sus rajaduras verticales por pupilas, no parpadeaban. Voldemort acarició a la criatura ausentemente con largos dedos finos, todavía mirando a Lucius Malfoy.

-¿Por qué los Malfoy parecen tan infelices con su suerte? ¿No es mi retorno, mi ascenso al poder, lo que profesaban desear durante tantos años?

-Por supuesto, mi Señor, -dijo Lucius Malfoy. Su mano temblaba cuando se limpió el sudor del labio superior-. Lo deseábamos... lo deseamos.

A la izquierda de Malfoy su esposa hizo un extraño y rígido asentimiento, sus ojos evitaban a Voldemort y a la serpiente. A su derecha, su hijo, Draco, que había estado mirando fijamente hacia arriba al cuerpo inerte en lo alto, miró rápidamente hacia Voldemort y apartó la mirada una vez más, aterrado de hacer contacto ocular.

-Mi Señor, -dijo una mujer oscura en mitad de la mesa, su voz sonaba constreñida por la emoción-, es un honor tenerte aquí, en la casa de nuestra familia. No puede haber mayor placer.

Sentada junto a su hermana, tan diferente a ella en aspecto, con su pelo oscuro y ojos pesadamente perfilados, como lo era en aguante y comportamiento; donde Narcissa se sentaba rígida e impasible, Bellatrix se inclinaba hacia Voldemort, como si las meras palabras no pudieran demostrar su anhelo de estar más cerca.

-No hay más alto placer, -repitió Voldemort, su cabeza se inclinó un poco a un lado mientras evaluaba a Bellatrix-. Eso significa mucho, Bellatrix, viniendo de ti.

La cada de ella se llenó de color, sus ojos se inundaron de lágrimas de deleite.

-¡Mi Señor sabe que no dijo más que la verdad!

-No hay más alto placer... ni siquiera comparado con el feliz evento que, según he oído, ha tenido lugar esta semana en tu familia!

Ella le miró, con los labios separados, evidentemente confusa.

-No sé lo que quieres decir, mi Señor.

-Estoy hablando de tu sobrina, Bellatrix. Y la vuestra, Lucius y Narcissa. Se acaba de casar con el hombre lobo, Remus Lupin. Debéis estar orgullosos.

Hubo una explosión de risas socarronas alrededor de la mesa. Muchos se inclinaron hacia adelante para intercambiar miradas divertidas, unos pocos golpearon la mesa con los puños. La gran serpiente, disgustada por el disturbio, abrió la boca de par en par y siseó furiosamente, pero los mortífagos no lo oyeron, tan jubilosos como estaban ante la humillación de Bellatrix y los Malfoy. La cara de Bellatrix, tan recientemente ruborizada de felicidad, se había vuelto de un feo y manchado rojo.

-No es prima nuestra, mi Señor, -gritó sobre el regocijo-. Nosotros... Narcissa y yo... nunca volvimos a ver a nuestra hermana desde que se casara con el sangresucia. Esa mocosa no tiene nada que ver con ninguna de nosotras, ni ninguna bestia con la que se haya casado.

-¿Qué dices tú, Draco? -preguntó Voldemort, y aunque su voz era queda, fue llevada claramente a través de silbidos y risotadas-. ¿Harás de canguro a los engendros?

El regocijo creció; Draco Malfoy miraba aterrorizado a su padre, que bajaba la mirada a su propio regazo, entonces captó la mirada de su madre. Ella sacudió la cabeza casi imperceptiblemente, después reasumió su propia mirada impasible hacia la pared opuesta.

-Ya basta, -dijo Voldemort, acariciando a la furiosa serpiente-. Ya basta.

Y la risa murió al instante.

-Muchos de nuestros más antiguos árboles familiares se han vuelto un poco descuidados con el paso del tiempo, -dijo cuando Bellatrix le miró fijamente, sin aliento e implorante-. ¿Qué debes

podar y qué no para mantenerlo saludable? Cortas aquellas partes que amenazan la salud del resto.

-Si, mi Señor, -susurró Bellatrix, y sus ojos se inundaron de nuevo con lágrimas de gratitud-. ¡A la primera oportunidad!

-Debes hacerlo, -dijo Voldemort-. y en tu familia, al igual que en el mundo... debemos cortar el cáncer que nos infecta hasta que solo los de la sangre auténtica permanezcan...

Voldemort alzó la varita de Lucius Malfoy, apuntándola directamente a la figura que se revolvió lentamente suspendida sobre la mesa, y le dio una pequeña sacudida. La figura volvió a la vida con un gemido y empezó a luchar contra ataduras invisibles.

-¿Reconoces a nuestra invitada, Severus? -preguntó Voldemort.

Snape alzó los ojos a la cara que estaba bocabajo. Todos los mortifagos estaban mirando hacia la cautiva ahora, ya que se les había dado permiso para mostrar curiosidad. Cuando volvió la cara hacia la luz del fuego, la mujer dijo con voz rota y aterrada.

-¡Severus! ¡Ayúdame!

-Ah, si, -dijo Snape cuando la prisionera volvió a girar lentamente hacia otro lado.

-¿Y tú, Draco? -preguntó Voldemort, acariciando el hocico de la serpiente con la mano libre de la varita. Draco sacudió la cabeza tirantemente. Ahora que la mujer había despertado, parecía incapaz de seguir mirándola.

-Pero no tendrás que asistir a sus clases, -dijo Voldemort-. Para aquellos de vosotros que no lo sepáis, nos reunimos aquí esta noche por Charity Burbage quien, hasta recientemente, enseñaba en la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería.

Se produjeron pequeños ruidos de comprensión alrededor de la mesa. Una mujer ancha y encorvada con dientes puntiagudos cacareó.

-Si... la profesora Burbage enseñaba a los hijos de brujas y magos todo sobre los muggles... como no son tan diferentes a nosotros...

Uno de los mortifagos escupió en el suelo. Charity Burbage volvió la cara de nuevo hacia Snape.

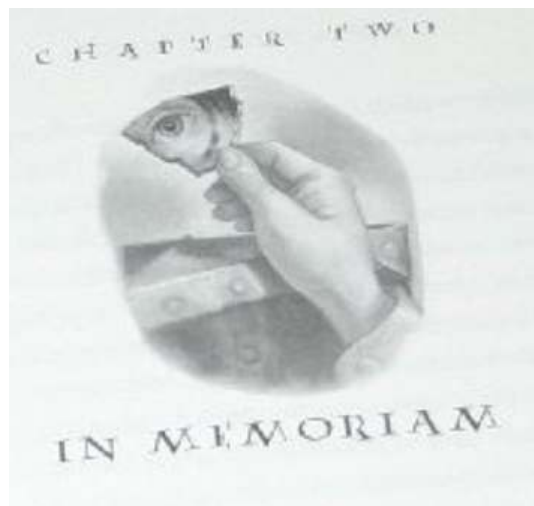
-Severus... por favor... por favor.

-Silencio, -dijo Voldemort, con otro golpe de la varita de Malfoy Charity cayó en silencio como amordazada-. No me alegra la corrupción y contaminación de las mentes de niños magos, la semana pasada la Profesora Burbage escribió una apasionada defensa de los sangresucia en el Profeta. Los magos, dijo, deben aceptar a ladrones de su conocimiento y magia. La mengua de los purasangre es, dice la Profesora Burbage, una circunstancia de lo más deseable.... Haría que todos nosotros nos emparejáramos con muggles... o, sin duda, con hombreslobo... Nadie rio esta vez. No había duda de la furia y el descontento en la voz de Voldemort. Por tercera vez, Charity Burbage se revolvió para enfrentar a Snape. Corrían lágrimas desde sus ojos hasta su pelo. Snape le devolvió la mirada, impassible, mientras ella giraba otra vez lentamente.

-Avada Kedavra.

El destello de luz verde iluminó cada esquina de la habitación. Charity cayó con un resonante golpe sobre la mesa de abajo, que tembló y se partió. Varios de los mortifagos saltaron hacia atrás en sus sillas. Draco cayó fuera de la suya hasta el suelo.

-La cena, Nagini, -dijo Voldemort suavemente, y la gran serpiente se balanceó y se deslizó de su hombro hasta el suelo pulido.



## CAPÍTULO 2

### En Conmemoración

Harry estaba sangrando. Agarrándose la mano derecha con la izquierda y jurando por lo bajo, abrió la puerta de su dormitorio con el hombro. Hubo un crujido de porcelana rota. Había pisado una taza de te frío que yacía sobre el suelo fuera de la puerta de su dormitorio.

-Que dem...

Miró a su alrededor, el descansillo del número cuatro de Privet Drive, estaba desierto. Posiblemente la taza de te fuera la idea que tenía Dudley de lo que sería una hábil trampa cazabobos. Manteniendo la mano sangrante elevada, Harry reunió los fragmentos de la taza con la otra mano y los tiró dentro de la ya repleta papelera que apenas se veía dentro del dormitorio. Luego con fuertes pisadas fue hacia el baño para poner el dedo debajo del grifo. Era estúpido, inconveniente e irritante más allá de lo creíble que todavía le faltaran cuatro días para poder hacer magia... pero tenía que admitir ante sí mismo que ese sinuoso corte en el dedo podría haberlo derrotado. Nunca había aprendido a curar heridas, y ahora que pensaba en ello -particularmente a la luz de sus planes inmediatos- este parecía un serio fallo en su educación mágica. Haciendo una nota mental de pedirle a Hermione que le enseñara a hacerlo, uso un gran puñado de papel higiénico para limpiar tanto te como pudo, antes de volver al dormitorio y cerrar la puerta de un golpe tras de sí.

Harry había pasado la mañana vaciando completamente el baúl del colegio por primera vez desde que lo había empacado seis años atrás, desde comienzo de los años de internado escolar, hasta ahora apenas había tocado las tres cuartas partes superiores y las había reemplazado o renovado, dejando una capa de restos varios en el fondo, viejas plumas, ojos de escarabajo disecados, calcetines sueltos que ya no le servían. Minutos antes Harry había hundido la mano en esa porquería, experimentando un dolor punzante en el cuarto dedo de la mano derecha y al sacarla había visto un montón de sangre.

Ahora procedió con algo más de cuidado. Arrodillándose junto al baúl, tanteó el fondo y después de retirar una vieja insignia que cambiaba débilmente entre "Apoyen a CEDRIC DIGGORY y POTTER APESTA", un resquebrajado y gastado chivatoscopio y un relicario de oro dentro del cual una nota firmada R.A.B había estado escondida, finalmente descubrió el borde afilado que había causado el daño. Lo reconoció enseguida. Era un fragmento de dos pulgadas de largo del espejo encantado que su padrino, ahora muerto, Sirius, le había dado. Harry lo dejó a un lado y tanteó cautamente en el baúl buscando el resto, pero no quedaba nada más del último regalo de su padrino salvo vidrio pulverizado que se adhería como arena brillante a la capa más profunda de restos.

Harry se sentó derecho y examinó el mellado pedazo con el que se había cortado, sin ver nada más que sus propios brillantes ojos verdes reflejados en él. Luego puso el fragmento sobre El Profeta de esa mañana, que descansaba sobre la cama sin leer, e intentó contener el repentino flujo de amargos recuerdos, las puñaladas de añoranza y nostalgia que el descubrimiento del espejo roto habían ocasionado, atacando el resto de la basura que había en el baúl.

Le llevó otra hora vaciarlo completamente, tirar las cosas inútiles y clasificar las restantes en pilas de acuerdo a si iba a necesitarlas o no a partir de ahora. Los uniformes del colegio y de Quidditch, el caldero, pergaminos, plumas y la mayoría de los libros de texto fueron apilados en una esquina, para ser dejados atrás. Se preguntaba que harían su tía y su tío con ellos; probablemente quemarlos a altas horas de la noche como si fueran las pruebas de algún

horrendo crimen. Su ropa muggle, la capa de invisibilidad, el equipo para fabricar pociones, algunos libros, el álbum de fotos que Hagrid le había obsequiado una vez, un puñado de cartas y su varita habían sido empacadas nuevamente en una vieja mochila. En un bolsillo delantero colocó el mapa del merodeador y el relicario con la nota firmada R.A.B. Al relicario le había otorgado ese lugar de honor no debido a su valor -era inútil en todos los sentidos prácticos- sino debido a lo que había costado obtenerlo.

Esto dejaba un considerable fajo de periódicos sobre el escritorio, al lado de su nevada lechuza, Hedwig. Uno por cada día que había pasado en Privet Drive ese verano.

Se levantó del suelo, se estiró y cruzó la habitación hacia el escritorio. Hedwig no hizo ni un movimiento cuando empezó a hojear los periódicos, tirándolos a la pila de basura uno por uno. La lechuza estaba dormida, o lo fingía, estaba enfadada con Harry por la limitada cantidad de tiempo que en ese momento se le permitía pasar fuera de la jaula.

Mientras se acercaba al fondo de la pila de periódicos, Harry aminoró la velocidad, buscando un ejemplar en particular que sabía que había llegado poco después de haber llegado él a Privet Drive a pasar el verano; recordaba que en la primera página había habido una pequeña mención sobre la renuncia de Charity Burbage, la profesora de Estudios Muggles de Hogwarts. Al final lo encontró. Yendo a la página diez se hundió en la silla del escritorio y releyó el artículo que había estado buscando.

## Albus Dumbledore Recordado

Por Elphias Dodge

Conocí a Albus Dumbledore a la edad de once años en nuestro primer día en Hogwarts. Nuestra mutua atracción se debió sin duda al hecho de que ambos nos sentíamos forasteros. Yo por mi parte había contraído fiebre del dragón poco antes de llegar al colegio, y aunque ya no era contagioso, mi rostro picado y el tinte verdoso no alentaban a muchos a que se me acercaran. Por su parte Albus había llegado a Hogwarts con la carga de la no deseada notoriedad. Apenas un año antes su padre Percival había sido apresado por un salvaje y bien publicitado ataque contra tres jóvenes Muggles.

Albus nunca intentó negar que su padre (que murió en Azkaban) hubiera cometido ese crimen, al contrario, cuando reuní valor para preguntarle me aseguró que sabía que su padre era culpable. Aparte de eso, Dumbledore se negaba a hablar del triste asunto, aunque muchos trataron de que lo hiciera. Algunos, incluso, estaban dispuestos a alabar la acción de su padre y asumieron que también Albus era enemigo de los muggles. No podían haber estado más equivocados: ya que cualquiera que conociera a Albus podría haber atestiguado que jamás reveló ni la más remota tendencia anti-muggle. Es más, su decidido apoyo a los derechos de los muggles le ganó muchos enemigos en los años subsiguientes.

Sin embargo, en cuestión de meses la propia fama de Albus comenzó a eclipsar la de su padre. Al finalizar el primer año ya nunca más sería conocido como el hijo del enemigo de los muggles, sino nada más y nada menos que como el más brillante alumno visto nunca vez en el colegio. Aquellos de nosotros que tuvimos el privilegio de ser sus amigos nos beneficiamos de su ejemplo, por no mencionar su ayuda y estímulo, con los cuales siempre era generoso. Más tarde me confesó que incluso entonces había sabido que su mayor placer sería siempre la enseñanza.

No solo ganó cada premio por mérito que ofrecía el colegio sino que pronto estuvo manteniendo correspondencia regularmente con los más notables magos de renombre de la época, incluyendo a Nicolas Flamel, el celebrado alquimista; Bathilda Bagshot, la notoria historiadora; y Adalbert Waffling el mago teórico. Varios de sus documentos se abrieron camino hasta conocidas publicaciones, como Transfiguración Hoy, Los Retos de los Encantamientos y Pociones Prácticas. La futura carrera de Dumbledore parecía que iba a ser meteórica y la única pregunta a considerar era cuándo iba a convertirse en Ministro de Magia. Sin embargo aunque en años posteriores se predijo varias veces que estaba a punto de aceptar el trabajo, nunca tuvo ambiciones ministeriales.

Tres años después de que hubiéramos comenzado en Hogwarts el hermano de Albus, Aberforth, llegó al colegio. No se parecían; Aberforth nunca fue carismático, y al contrario que Albus, prefería arreglar las disputas con duelos en lugar de a través de discusiones razonables. Sin embargo es bastante erróneo afirmar, como algunos han hecho, que los hermanos no eran amigos. Se llevaban tan bien como podrían hacerlo dos muchachos tan diferentes. Para ser justos con Aberforth, se debe admitir que vivir bajo la sombra de Albus no puede haber sido una experiencia totalmente cómoda. Ser continuamente eclipsado era el riesgo inherente de ser su amigo y ser su hermano no debe haber sido mucho más placentero. Cuando Albus y yo dejamos Hogwarts habíamos planeado hacer juntos la entonces tradicional vuelta al mundo, visitando y observando a magos extranjeros antes de proseguir con nuestras respectivas carreras. Sin embargo la tragedia intervino. En la misma víspera de nuestra partida, la madre de Albus, Kendra murió. Dejando a Albus como el cabeza y único sustento

de la familia. Pospuse mi partida lo suficiente como para presentar mis respetos en el funeral de Kendra y luego partí para lo que ahora sería un viaje solitario. Con un hermano y hermana más jóvenes a los que cuidar, y con poco dinero heredado, ya no había dudas de que Albus no me acompañaría.

Ese fue el período de nuestras vidas en el que menos contacto tuvimos, le escribí a Albus contándole, tal vez insensiblemente, de las maravillas de mi viaje, narrándole desde escapadas por los pelos de chimaeras en Grecia hasta experimentos llevados a cabo por los alquimistas egipcios. Sus cartas me decían poco de su vida diaria, que adivinaba debía ser extremadamente aburrida para tan brillante mago. Inmerso en mis propias experiencias fue con horror que escuché ya cerca del final de mi viaje de un año, que otra tragedia más había golpeado a los Dumbledore; la muerte de su hermana Ariana.

Aunque Ariana había sufrido de mala salud desde hacía algún tiempo, el golpe, acaecido tan poco tiempo después de la pérdida de su madre, tuvo un profundo efecto en ambos hermanos. Todas las personas cercanas a Albus -y me cuento a mí mismo entre ese afortunado número- coincidimos en que la muerte de Ariana, y los sentimientos de Albus de que se sentía personalmente responsable (aunque por supuesto que no tuvo la culpa) dejaron una marca permanente en él.

Regresé a casa para encontrarme a un hombre joven que había experimentado sufrimientos reservados para una persona de mayor edad. Albus era más reservado que antes, y mucho menos alegre. En adición a su desdicha, la pérdida de Ariana, había llevado, no a una renovada cercanía entre Albus y Aberforth, sino a un alejamiento (con el tiempo este se disiparía... en años posteriores restablecieron si no una relación cercana al menos una ciertamente cordial). De todas formas, de allí en adelante habló muy raramente de sus padres o de Ariana y sus amigos aprendimos a no mencionarlos.

Otras plumas describirán los triunfos de los años subsiguientes. Las innumerables contribuciones de Dumbledore al cúmulo de conocimientos sobre hechicería, incluyendo el descubrimiento de los doce usos de la sangre de dragón que beneficiaría a las generaciones por venir, así como la sabiduría que desplegaba en los muchos juicios que efectuó siendo Brujo Supremo del Winzegamot. Aún se comenta que ningún duelo entre brujos superó nunca al sostenido entre Dumbledore y Grindelwald en 1945. Los que lo presenciaron han escrito acerca del terror y el asombro que sintieron al observar a esos dos extraordinarios brujos batallar. El triunfo de Dumbledore y sus consecuencias para el mundo de la hechicería son considerados un punto culminante en la historia de la magia, comparable a la introducción del Estatuto Internacional de Reserva o la caída de El-que-no-debe-ser-nombrado.

Albus Dumbledore nunca fue soberbio ni vano; podía encontrar algo que valorar en cualquier persona, sin importar cuán aparentemente insignificante o ruin fuera, y creo que sus tempranas pérdidas lo dotaron de gran humanidad y compasión. Extrañaré su amistad más de lo que puedo expresar, pero mi pérdida no es nada comparada con la del mundo de la magia. No se puede cuestionar que fue el más inspirado y amado director de Hogwarts. Murió como vivió, trabajando siempre por el bien mayor y hasta su última hora tan deseoso de tender la mano a un pequeño niño con fiebre de dragón como el primer día que le conocí.

Harry terminó de leer pero continuó mirando la foto que aparecía acompañando el obituario. Dumbledore lucía su acostumbrada sonrisa gentil, pero como miraba por encima de sus medias gafas, daba la impresión, incluso desde el periódico, de que miraba a Harry con rayos X, provocando que la tristeza se entremezclara con una sensación de humillación.

Él había creído conocer a Dumbledore bastante bien, pero desde que había leído el obituario se había visto forzado a reconocer que apenas si le conocía. Ni una sola vez se había imaginado la niñez y la juventud de Dumbledore, era como si hubiera nacido tal como Harry lo había conocido, venerable, con el cabello plateado y anciano. La idea de un Dumbledore adolescente era sencillamente extraña, como tratar de imaginarse a una Hermione estúpida o a un escreguto de cola explosiva amistoso.

Nunca había pensado en preguntarle a Dumbledore acerca de su pasado. Sin duda se hubiera sentido extraño, impertinente incluso, pero después de todo era de común conocimiento que Dumbledore había tomado parte en ese legendario duelo con Grindelwald, y a Harry no se le había ocurrido preguntarle como había sido eso, ni acerca de ninguno de sus otros famosos logros. No, siempre habían hablado de Harry, el pasado de Harry, el futuro de Harry, los planes de Harry... y a Harry le parecía ahora que a pesar del hecho de que su futuro fuera tan peligroso e incierto, había perdido irremplazables oportunidades al haber omitido preguntarle a Dumbledore más cosas acerca de su vida. Aunque sospechaba que la única pregunta personal que jamás le había hecho a su Director era también la única que Dumbledore no había respondido honestamente.

¿Qué ve cuando mira en el espejo?

¿Yo? Me veo a mi mismo sosteniendo un grueso par de calcetines de lana.

Después de considerarlo unos minutos, Harry arrancó el obituario de El Profeta, lo dobló cuidadosamente y lo metió dentro del primer volumen de Defensa Mágica Práctica y sus Usos Contra las Artes Oscuras. Luego tiró el resto del periódico a la pila de basura y se giró enfrentando la habitación. Estaba mucho más ordenada. La única cosa fuera de lugar era El Profeta del día de hoy, aún tirado sobre la cama con el trozo de espejo roto encima. Harry cruzó la habitación, corrió el fragmento de espejo sacándolo de encima de El Profeta del día, y desdobló el periódico. Cuando esa mañana temprano había recogido el periódico enrollado traído por la lechuza repartidora, apenas le había echado un vistazo al titular y después de advertir que no decía nada acerca de Voldemort lo había hecho a un lado. Harry estaba seguro que el Ministerio estaba presionando a El Profeta para que suprimiera las noticias sobre Voldemort. Por lo que ahora mismo cuando vio lo que se había perdido. Atravesando la segunda mitad de la página principal había un titular más pequeño colocado sobre una foto de Dumbledore caminando a zancadas, con aspecto apurado.

### Dumbledore ¿Al fin la verdad?

*La próxima semana la conmovedora historia del imperfecto genio considerado por muchos el más grandioso mago de su generación. Despojándole de la imagen popular de serena sabiduría bajo la barba plateada, Rita Skeeter revela la trastornada infancia, la desenfrenada juventud, las eternas enemistades, y los secretos culpables que Dumbledore se llevó a la tumba. ¿POR QUÉ el hombre hecho para ser Ministro de Magia se contentó con ser un mero Director? ¿CUÁL era el propósito real de la organización secreta conocida como la Orden del Fénix? ¿CÓMO encontró verdaderamente Dumbledore su final?*

*La respuesta a estas y muchas otras preguntas serán exploradas en la nueva y explosiva biografía, Vida y Mentiras de Albus Dumbledore, por Rita Skeeter, exclusivamente entrevistada por Barry Braithwaite, página 13 en el interior.*

Harry abrió el periódico de un tirón y encontró la página trece. El artículo estaba encabezado por una foto que mostraba otra cara familiar: una mujer que usaba gafas enojadas con el cabello peinado en rizos rubios muy elaborados, los dientes sobresalían en lo que claramente se veía que era una sonrisa triunfal, meneando los dedos ante él. Haciendo lo que pudo por ignorar esa nauseabunda imagen, Harry continuó leyendo

*En persona Rita Skeeter es mucho más cálida y suave de lo que los famosos retratos hechos con su feroz pluma puedan sugerir. Me dio la bienvenida en el vestíbulo de su acogedor hogar y me condujo directamente a la cocina para ofrecerme una taza de té, una pedazo de tarta, y no hace falta que lo diga, un humeante cubo de los más novedosos chismes.*

*-Bueno por supuesto que Dumbledore es el sueño de un cronista, dijo Skeeter, con una vida tan larga y plena. Estoy segura de que mi libro será el primero de muchos, muchos otros.*

*Skeeter fue ciertamente rápida. Había terminado el libro de novecientas páginas, solamente cuatro semanas después de la misteriosa muerte de Dumbledore acaecida en junio.*

*Le pregunté como se las había arreglado para llevar a cabo esa proeza tan increíblemente rápida.*

*-Oh, cuando has sido periodista tanto tiempo como yo, trabajar con plazos límite se convierte en tu segunda naturaleza. Sabía que el mundo de la magia clamaba por la historia completa y quería ser la primera en complacer esa necesidad.*

*Mencioné la reciente nota ampliamente divulgada de Elphias Doge, Consejero Especial del Wizengamot y perpetuo amigo de Albus Dumbledore, que dice "El libro de Skeeter contiene menos hechos que una tarjeta de las que encuentras en las Ranas de Chocolate".*

*Skeeter echó atrás la cabeza y se rió.*

*-¡Querido Dodgy! Recuerdo haberle entrevistado hace unos años acerca de los derechos de las sirenas, que Dios lo bendiga. Está completamente gaga, parecía pensar que estábamos sentados en el fondo del Lago Windermere, continuaba diciéndome que tuviera cuidado con las truchas.*

*Y aún así las acusaciones de inexactitudes de Elphias Doge han echo eco en muchos lugares. ¿Realmente Skeeter piensa que cuatro cortas semanas son suficientes para tener un cuadro completo de la larga y extraordinaria vida de Dumbledore?*

-Oh, querido, sonríe Skeeter golpeándome afectuosamente los nudillos, ¿sabes tan bien como yo cuanta información puede ser generada con una bolsa de galeones, una negativa a escuchar la palabra “no” y una linda y afilada Pluma Citas-Rápidas! De todas formas la gente hacía cola para entregarme en bandeja los chanchullos de Dumbledore. No todos pensaban que era tan maravilloso, sabes. Pisó una horrible cantidad de importantes pies. Pero el viejo Dodgy Doge puede ir bajándose de su alto hipogrifo, porque tuve acceso a una fuente por la que la mayoría de los periodistas hubieran agitado sus varitas, una que nunca había hablado en público antes y que estuvo muy unida a Dumbledore durante la más turbulenta y angustiada etapa de su juventud.

La publicidad anticipada de la biografía de Skeeter había sugerido que ciertamente habría abundantes sobresaltos para aquellos que creían que Dumbledore había llevado una vida libre de culpas. ¿Cuáles eran las grandes sorpresas que encubría? Le pregunté.

-Venga, vamos, déjalo, Betty, ¡no voy a revelar todo lo destacable antes de que nadie compre el libro! Skeeter se echó a reír, pero te prometo que cualquiera que todavía piense que Dumbledore era tan blanco como su barba ¡es susceptible a sufrir un crudo despertar! Digamos solamente que nadie que lo haya oído rabiarse contra Ya-sabes-quien hubiera soñado que él mismo chapoteó en las Artes Oscuras en su juventud. Y para un brujo que pasó sus últimos años defendiendo la tolerancia, no era exactamente abierto de mente cuando era más joven. Si, Albus Dumbledore tiene un pasado extremadamente oscuro, por no mencionar una familia muy sospechosa, que se empeñó muy duro en mantener oculta.

Pregunté a Skeeter si iba a hacer referencia al hermano de Dumbledore, Aberforth, que fue encarcelado por mal uso de la magia por el Wizengamot causando un escándalo menor quince años atrás.

-Oh, Aberforth es solo la punta del montón de estiércol, se rió Skeeter, No, no. Estoy hablando de algo mucho peor que un hermano con una afición a enredarse con cabras, aún peor que un padre mutilador de muggles... De cualquier forma Dumbledore no pudo mantener a ninguno de los dos entre las sombras, el Wizengamot presentó cargos contra ambos. No, eran la madre y la hermana las que me intrigaban y escarbando un poco descubrí un verdadero nido de asquerosidades, pero como dije, tendrás que esperar a los capítulos nueve a doce para obtener los detalles completos. Todo lo que puedo decir ahora es que no me extraña que Dumbledore nunca hablara acerca de cómo se rompió la nariz.

¿No obstante los esqueletos familiares, negaba Skeeter la brillantez que llevó a Dumbledore a hacer varios descubrimientos mágicos?

-Tenía cerebro, concedió, aunque ahora muchos se preguntan si realmente puede llevarse todo el crédito de todos sus supuestos logros. Como revelo en el capítulo dieciséis, Ivon Dillonsby, reclama que ya había descubierto ocho usos de la sangre de dragón cuando Dumbledore tomó “prestados” sus documentos.

Pero la importancia de algunos de los logros de Dumbledore, no puede, presumo, ser negada. ¿Qué me dice de la famosa derrota de Grindelwald?

-Oh, me alegra que haya nombrado a Grindelwald, dijo Skeeter con una sonrisa exasperada, me temo que esos que ven con inocentes y confiados ojos la espectacular victoria de Dumbledore, deben prepararse a sí mismos para una bomba... o tal vez una bomba de estiércol. Un asunto muy sucio en verdad. Todo lo que diré es que no estén tan seguros de que realmente hubo un espectacular duelo de leyenda. Después de leer mi libro la gente puede verse forzada a concluir que Grindelwald sencillamente conjuró un pañuelo blanco de la punta de su varita y se rindió tranquilamente.

Skeeter se negó a revelar nada más acerca de este intrigante tema, por lo que nos volcamos en la relación que seguramente fascinará a sus lectores más que cualquier otra.

-Oh, sí, dijo Skeeter, asintiendo vivamente, dedico un capítulo entero a la relación Potter-Dumbledore. Ha sido llamada poco saludable, incluso siniestra. Nuevamente, los lectores tendrán que comprar el libro para obtener la historia completa, pero no hay duda de que Dumbledore tenía un interés poco natural en Potter, ya que estamos. Si eso fue realmente para bien del muchacho... bien ya lo veremos. Es ciertamente un secreto a voces que Potter ha tenido una adolescencia de lo más problemática.

*Pregunté a Skeeter si aún se mantenía en contacto con Harry Potter, a quien tan célebremente había entrevistado el año pasado, en un importante avance en el que Potter hablaba en exclusiva de su convicción de que Ya-saben-quien había regresado.*

*-Oh, si desarrollamos un lazo íntimo, dijo Skeeter, pobre Potter tiene muy pocos amigos verdaderos, y nos conocimos en uno de los momentos de su vida en el que más duramente fue puesto a prueba... El Campeonato de los Tres Magos. Probablemente soy una de las pocas personas con vida que puede decir que conoce al verdadero Harry Potter.*

*Lo que nos lleva a los muchos rumores que aún circulan acerca de las últimas horas de Dumbledore. ¿Piensa Skeeter que Potter estaba allí cuando Dumbledore murió?*

*-Bueno no quiero decir demasiado... está todo en el libro... pero testigos dentro del castillo de Hogwarts vieron a Potter salir corriendo de la escena, momentos después de que Dumbledore cayera, saltara o fuera empujado. ... después se encontraron evidencias contra Severus Snape un hombre contra el cual Harry siente un notorio rencor. ¿Es todo lo que parece? Eso queda a juicio de la Comunidad Mágica... una vez que haya leído mi libro.*

*Con esa intrigante nota me despido. No hay duda de que Skeeter ha escrito un bestseller instantáneo. Mientras que las legiones de admiradores de Dumbledore puede que estén temblando ante lo que pronto saldrá a la luz acerca de su héroe.*

Harry llegó al final del artículo pero continuó mirando la página inexpresivamente. La repulsión y la furia ascendieron en él como si fuera a vomitar. Hizo una bola con el periódico y lo arrojó con todas sus fuerzas, contra la pared, donde fue a reunirse con el resto de la basura apilada alrededor de la repleta papelera.

Empezó a caminar a zancadas, ciegamente, por la habitación, abriendo cajones vacíos y levantando libros solo para volverlos a dejar en las mismas pilas, apenas consciente de lo que estaba haciendo, mientras frases al azar del artículo de Rita hacían eco en su cabeza: Un capítulo entero a la relación Potter-Dumbledore... Ha sido llamada poco saludable, incluso siniestra... el mismo chapoteó en las artes oscuras en su juventud... tuve acceso a una fuente por la que la mayoría de los periodistas hubieran agitado sus varitas...

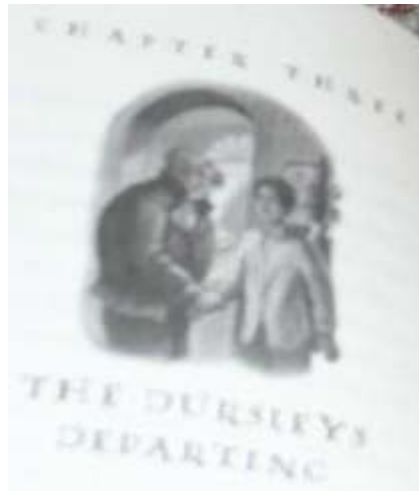
-¡Mentiras! -gritó Harry, y a través de la ventana vio como el vecino de la casa de al lado, que había hecho una pausa mientras segaba el césped, miraba nerviosamente hacia arriba.

Harry se sentó en la cama con fuerza. El pedazo roto de espejo danzó lejos de él; lo levantó y le dio vuelta entre los dedos, pensando... pensando en Dumbledore y en las mentiras con que Rita Skeeter le estaba difamando...

Hubo un relámpago de brillante azul. Harry se quedó congelado, el dedo lastimado deslizándose sobre el mellado borde del vidrio otra vez. Debía habérselo imaginado, seguramente. Miro por encima del hombro, pero la pared lucía el enfermizo tono durazno que su tía Petunia había elegido. No había nada azul allí que pudiera ser reflejado por el espejo. Volvió a mirar el fragmento de espejo nuevamente, sin ver otra cosa que sus brillantes ojos verdes devolviéndole la mirada.

Se lo había imaginado, no había otra explicación. Lo había imaginado por haber estado pensando en su director muerto. Si de algo era seguro, era que los brillantes ojos azules de Albus Dumbledore, nunca le atravesarían otra vez.

Traducido por: Pasty, LLL



## CAPITULO 3

### LA PARTIDA DE LOS DURSLEY

(COMPLETO, sin revisar)

El sonido al cerrarse de golpe la puerta delantera hizo eco a través de las escaleras y una voz rugió,

"Oh! Tu!"

Luego de dieciséis años tratado de esa manera Harry no tuvo ninguna duda a quién su tío llamaba, sin embargo, no respondió inmediatamente. Él todavía estaba con el fragmento estrecho de espejo en el cual, por un segundo, había creído ver los ojos de Dumbledore. Esto antes que su tío gritara, "MUCHACHO!", Harry bajo lentamente de la cama y se dirigió hacia la puerta del dormitorio, deteniéndose brevemente para agregar el pedazo del espejo quebrado a la mochila llena de cosas que llevaría consigo. "Te tomo el tiempo!" rugió Vernon Dursley cuando Harry apareció en el borde de las escaleras,

-Ven aquí abajo. Quisiera decirte una palabra!- Harry bajo, con sus manos metidas profundamente en los bolsillos de los pantalones. Cuando entro en el salon encontró los tres Dursleys. Estaban vestidos para el viaje; Tío Vernon con una vieja chaqueta rasgada y Dudley, el ancho, rubio, musculoso primo de Harry en su chaqueta de cuero.

-¿Si? -preguntó Harry.

-¡Siéntate! -dijo Tío Vernon. Harry alzó las cejas-. ¡Por favor! -añadió Tío Vernon, haciendo una ligera mueca cuando la palabra se le atascó en la garganta.

Harry se sentó. Creyó saber lo que estaba por venir. Su tío empezó a pasearse arriba y abajo, Tía Petunia y Dudley seguían sus movimientos con expresiones ansias. Finalmente, su gran cara púrpura se arrugó con concentración. Tío Vernon se detuvo delante de Harry y habló.

-He cambiado de opinión, -dijo.

-Que sorpresa, -dijo Harry.

-No me vengas con ese tono... -empezó Tía Petunia con voz chillona, pero Vernon Dursley le indicó con un gesto que se calmara.

-Todo eso son un montón de tonterías, -dijo Tío Vernon, mirando fijamente a Harry con sus ojillos de cerdo-. He decidido no creer ni una palabra de ello. Nos quedamos aquí, no vamos a ir a ninguna parte.

Harry levantó la mirada hacia su tío y sintió una mezcla de exasperación y asombro. Vernon Dursley había estado cambiando de opinión cada veinticuatro horas en las últimas cuatro semanas, haciendo y deshaciendo y rehaciendo las maletas sobre el auto a cada cambio de pensamiento.

El momento preferido de Harry había sido cuando tío Vernon sin saber que Dudley había agregado las pesas en su maleta desde la última vez que habían reempaquetado, había tentado de alzarlo nuevamente dentro del cargador y se había derrumbado con un gáñido de dolor y tantos juramentos.

-Según tú, -dijo Vernon Dursley ahora resumiendo y caminando adelante y atrás por el salon - Nosotros.. Petunia, Dudley y yo...estamos en peligro. Por... por...

- Algo en "mi parte" derecha? - dijo Harry.

- Bien yo no creo eso, - repitió tío Vernon, acercándose adelante de Harry de nuevo - he estado despierto la mitad de la noche pensando en todo esto, y creo que es un complot para quedarte con la casa.

-¿La casa? -repitió Harry-. ¿Qué casa?

-¡Esta casa! -chilló Tío Vernon, la vena de su frente empezaba a latir-. ¡Nuestra casa! Los precios de las casas están por los cielos en esta zona ! Quieres quitarnos de en medio y entonces harás eso de hocus-pocus y antes de que lo sepamos la escritura estará a tu nombre y...

-¿Has perdido la cabeza? -exigió Harry-. ¿Un complot para conseguir esta casa? ¿Realmente eres tan estúpido como parece?

-¡No te atrevas...! - chilló Tía Petunia, pero de nuevo, Vernon le indicó que se calmara. Los desaires, a su modo de ver, al parecer, no eran nada frente al peligro que había divisado.

-Por si lo has olvidado, -dijo Harry-. Yo ya tengo una casa, mi padrino me dejó una. ¿Así que para qué querría esta? ¿Por todos los recuerdos felices?

Se hizo un silencio. Harry creyó haber impresionado bastante a su tío con este argumento.

-Afirmas, -dijo Tío Vernon, empezando a pasearse de nuevo-, que este Lord Lo que sea....

-... Voldemort, -dijo Harry impacientemente-, y hemos pasado por esto cientos de veces ya. No lo afirmo, es un hecho. Dumbledore te lo dijo el año pasado, y Kingsley y el Señor Weasley...

Vernon Dursley encorvó los hombros furiosamente, y Harry supuso que su tío tenía intención de evitar menciones a la visita no anunciada, a los pocos días de las vacaciones de verano de Harry, de dos magos adultos. La llegada a los escalones de entrada de Kingsley Shacklebolt y Arthur Weasley había sido una sorpresa de lo más incómoda para los Dursley. Harry tenía que admitir, sin embargo, que como el Señor Weasley había demolido medio salón, su reaparición podía no haber sido esperada con ansia por Tío Vernon.

-... Kingsley y el Señor Weasley te lo explicaron todo también -presionó Harry sin remordimientos-. Una vez cumpla diecisiete años, el encantamiento protector que me mantiene a salvo se romperá, y eso os dejará expuestos a vosotros al igual que a mí. La Orden está segura que de Voldemort irá a por vosotros, ya sea para torturaros para intentar averiguar donde estoy, o porque crea que manteniéndoos como rehenes yo iré e intentaré rescataros.

Los ojos de Tío Vernon y Harry se encontraron. Harry estuvo seguro en ese instante de que ambos se preguntaban lo mismo. Entonces Tío Vernon siguió caminando y Harry continuó.

-Tenéis que ocultaros y la Orden quiere ayudar. Se os ha ofrecido protección seria, la mejor que hay.

Tío Vernon no dijo nada, pero continuó paseando arriba y abajo. Fuera el sol colgaba más bajo que los setos privados. El cortacésped del vecino de la puerta de al lado se caló de nuevo.

-¿No había un Ministerio de Magia? -preguntó Vernon Dursley bruscamente.

-Lo hay, -dijo Harry, sorprendido.

-Bien, ¿entonces, por qué no pueden protegernos? ¡A mí me parece que, como víctimas inocentes, culpables solo de dar cobijo a un hombre marcado, deberíamos reunir los requisitos para la protección gubernamental!

Harry rió; no pudo contenerse. Era muy típico de su tío poner sus esperanzas en las autoridades, incluso dentro de este mundo que despreciaba y en el que no confiaba.

-Ya oíste lo que dijeron el Señor Weasley y Kingsley, -replicó Harry-. Creemos que se han infiltrado en el Ministerio.

Tío Vernon se acercó a zancadas a la chimenea y volvió hacia atrás, respirando tan pesadamente que su gran mostacho negro se sacudía, con la cara todavía púrpura por la concentración.

-Muy bien, -dijo, deteniéndose de nuevo delante de Harry-. Muy bien, digamos, por el bien de la discusión, que aceptamos esta protección. Aún así no veo por qué no podemos tener a ese tipo, Kingsley.

Harry se las arregló para no poner los ojos en blanco, pero con dificultad. Esta pregunta también había sido formulada media docena de veces.

-Como te he dicho, -dijo a través de los dientes apretados- Kingsley está protegiendo al Primer Ministro muggle... quiero decir, a vuestro Primer Ministro.

-¡Exactamente... es el mejor! -dijo Tío Vernon, señalando a la negra pantalla del televisor. Los Dursley había divisado a Kingsley en las noticias, caminando discretamente tras el Primer Ministro Muggle mientras este visitaba un hospital. Esto, y el hecho de que Kingsley había dominado con maestría el talento para vertir como un muggle, por no mencionar una cierta cualidad tranquilizadora en su voz lenta y profunda, habían provocado que los Dursley aceptaran a Kingsley como ciertamente no habían hecho con ningún otro mago, aunque era cierto que nunca le había visto en acción.

-Bueno, está cogido -dijo Harry-. Pero Hestia Jones y Dedalus Diggle están más que preparados para el trabajo...

-Si hubiéramos visto curriculum.. -empezó Tío Vernon, pero Harry perdió la paciencia.

Poniéndose en pie avanzó hacia su tío, ahora señalando al mismo televisor.

-Esos accidente no son accidentes... los choques, explosiones y descarrilamientos y todo lo

demás que ha ocurrido desde que vimos por última vez las noticias. La gente está desapareciendo y muriendo y él está detrás... Voldemort. Te lo he dicho una y otra vez, mata muggles por diversión. Incluso la niebla... está causada por los dementores, ¡y si no puedes recordar lo que son pregunta a tu hijo!

Las manos de Dudley saltaron hacia arriba para cubrirse la boca. Con los ojos de Harry y los de sus padres sobre él, las volvió a bajar lentamente y preguntó.

-¿Hay... más de ellos?

-¿Más? -rió Harry-. ¿Más aparte de los dos que nos atacaron, quieres decir? Por supuesto que los hay, hay cientos, quizá miles ahora, viendo como los alimentan de miedo y desesperación...

-Muy bien, muy bien, -fanfarroneó Vernon Dursley-, has dejado claro tu punto de vista...

-Eso espero, -dijo Harry- porque una vez cumpla diecisiete, todo ellos... mortifagos, dementores, quizás incluso inferis... que son cadáveres encantados por un mago oscuro... podrán encontrarlos y ciertamente atacarlos. Y si recordáis la última vez que intentasteis huir de magos, creo que estaréis de acuerdo en que necesitáis ayuda.

Hubo un breve silencio en el que el eco distante de Hagrid echando abajo una puerta principal de madera pareció reverberar a través de los años transcurridos. Tía Petunia estaba mirando a Tío Vernon; Dudley estaba mirando fijamente a Harry. Finalmente Tío Vernon barbotó.

-¿Pero y mi trabajo? ¿Y la escuela de Dudley? Supongo que esas cosas no les importan a una panda de magos fuera de la ley...

-¿No lo entiendes? -gritó Harry-. ¡Os torturarán y matarán como hicieron con mis padres!

-Papá, -dijo Dudley en voz alta-. Papá... yo me voy con esa gente de la Orden.

-Dudley, -dijo Harry- por primera vez en tu vida, hablas con sentido común.

Sabía que la batalla estaba ganada. Si Dudley estaba lo bastante asustado como para aceptar la ayuda de la Orden, sus padres le acompañarían; No se discutiría la cuestión de separarse de su Duddykins. Harry miró fijamente al reloj de carrillón que había sobre la repisa de la chimenea.

-Llegarán aquí en unos cinco minutos, -dijo, y antes de que los Dursley replicaran, abandonó la habitación. La perspectiva de separarse... probablemente para siempre... de su tía, su tío y su primo era algo que podía contemplar bastante alegremente, pero había no obstante una cierta torpeza en el aire. ¿Que decirse los unos a los otros después de dieciséis años de sólido desagrado?

De vuelta en su habitación, Harry se paseó sin rumbo fijo con su mochila, después metió un par de golosinas para lechuza de la jaula de Hedwig.

-Nos marcharemos pronto, muy pronto, -le dijo Harry-. Y entonces podrás volar de nuevo.

Sonó el timbre de la puerta. Harry dudó, después volvió a salir de su habitación y bajó las escaleras. Era mucho esperar que Hestia y Dedalus trataran con los Dursleys por su cuenta.

-¡Harry Potter! -chilló una voz excitada en el momento en que Harry abrió la puerta; un hombre pequeño con un sombrero alto color malva estaba inclinándose ante él con una profunda reverencia-. ¡Un honor, como siempre!

-Gracias, Dedalus, -dijo Harry, otorgando una pequeña y avergonzada sonrisa a una Hestia de pelo oscuro-. Es realmente amable por vuestra parte hacer esto... Están aquí, mi tía, mi tío y mi primo...

-¡Buen día tengáis, parientes de Harry Potter! -dijo Dedalus alegremente, entrando a zancadas en el salón. Los Dursleys no parecían en absoluto felices de que se dirigieran a ellos así; Harry casi esperaba otro cambio de opinión. Dudley se encogió contra su madre ante la visión de la bruja y el mago.

-Veo que ya han hecho el equipaje y están listos. ¡Excelente! El plan, como Harry les habrá contado, es simple, -dijo Dedalus, sacando un inmenso reloj de bolsillo de su chaleco y examinándolo-. Debemos partir antes de que lo haga Harry. Debido al peligro de utilizar magia en su casa... siendo Harry todavía menor de edad, eso podría proporcionar al Ministerio una excusa para arrestarlo... tendremos que conducir, digamos, diez millas o así, antes de desaparecer hasta una localización segura que hemos escogido para ustedes. ¿Sabe conducir, verdad? -preguntó a Tío Vernon cortésmente.

-¿Que si sé... ? ¡Por supuesto que sé endemoniadamente bien cómo conducir! -balbuceó Tío Vernon.

-Muy astuto por su parte, señor, muy astuto. Yo personalmente me vería absolutamente embaucado por todos esos botones y palancas, -dijo Dedalus. Tenía claramente la impresión de estar haciendo un cumplido a Vernon Dursley, que estaba perdiendo visiblemente la confianza en el plan con cada palabra que Dedalus pronunciaba.

-Ni siquiera puede conducir, -murmuró por lo bajo, su mostacho se sacudía indignadamente, pero afortunadamente ni Dedalus ni Hestia parecieron oírle.

-Tú, Harry, -continuó Dedalus- esperarás aquí por tu guardia. Ha habido unos pequeños cambios en los arreglos...

-¿Qué quieres decir? -dijo Harry al instante-. Pensaba que Ojoloco iba a venir y llevarme en

una Aparición Conjunta.

-No puede ser, -dijo Hestia tensamente-. Ojoloco te lo explicará.

Los Dursley que había escuchado todo esto con miradas de absoluta incompreensión en sus caras, saltaron cuando se oió una voz diciendo "*¡Aprisa!*". Harry miró alrededor de la habitación antes de comprender que la voz había sido emitida por el reloj de bolsillo de Dedalus.

-Muy cierto, operamos en un horario muy apretado, -dijo Dedalus, asintiendo hacia su reloj y volviendo a metérselo en el chaleco-. Estamos intentando sincronizar tu partida de la casa con la Desaparición de tu familia, Harry; así el encantamiento se romperá en el momento en que todos estemos de camino a la seguridad. -Se giró hacia los Dursleys-. Bueno, ¿todo recogido y listos para marchar?

Ninguno de ellos le respondió. Tío Vernon todavía miraba consternado el bulto en el bolsillo del chaleco de Dedalus.

-Quizás deberíamos esperar fuera en el vestíbulo, Dedalus -murmuró Hestia. Sentía claramente que demostraría falta de tacto permanecer en la habitación mientras Harry y los Dursleys intercambiaban amorosas y posiblemente lagrimógenas despedidas.

-No hay necesidad, -murmuró Harry, pero Tío Vernon hizo cualquier otra explicación innecesaria diciendo ruidosamente.

-Bueno, esto es un adiós entonces, chico.

Balanceó hacia arriba su brazo derecho para estrechar la mano de Harry, pero en el último momento pareció incapaz de afrontarlo, y simplemente cerró el puño y empezó a balancerase hacia atrás y hacia adelante como un metrónomo.

-¿Listo, Diddy? -preguntó Tía Petunia, comprobando meticulosamente el cierre de su bolso de mano para evitar mirar a Harry.

Dudley no respondió, sino que se quedó allí de pie con la boca ligeramente entreabierta, recordándole a Harry un poco al gigante, Grawp.

-Vamos entonces, -dijo Tío Vernon.

Ya estaba alcanzando la puerta del salón cuando Dudley murmuró.

-No entiendo.

-¿Qué no entiendes, popkin? -preguntó Tía Petunia, mirando a su hijo.

Dudley algó una mano grande como un jamón y señaló a Harry.

-¿Por qué él no viene con nosotros?

Tío Vernon y Tía Petunia se quedaron congelados donde estaba, mirando a Dudley como si acabara de expresar el deseo de convertirse en bailarina.

-¿Qué? -dijo Tío Vernon ruidosamente.

-¿Por qué no bien él también? -preguntó Dudley.

-Bueno, él... no quiere, -dijo Tío Vernon, girándose para mirar a Harry y añadiendo-. No quieres, ¿verdad?

-En lo más mínimo, -dijo Harry.

-Ahí tienes, -dijo Tío Vernon a Dudley-. Ahora vamos, salgamos.

Salió marchando de la habitación. Oyeron la puerta delantera abrirse, pero Dudley no se movió y después de unos pocos pasos vacilantes Tía Petunia también se detuvo.

-¿Y ahora qué? -ladró Tío Vernon, reapareciendo en el umbral.

Parecía que Dudley estaba luchando con conceptos demasiado difíciles para expresarlos con palabras. Varios momentos después de aparentemente dolorosa lucha interna dijo.

-¿Pero adónde va a ir?

Tía Petunia y Tío Vernon se miraron el uno al otro. Estaba claro que Dudley les estaba asustando. Hestia Jones rompió el silencio.

-Pero... seguramente sabes adónde va tu primo. -dijo, con aspecto desconcertado.

-Indudablemente lo sabemos, -dijo Vernon Dursley-. Se larga con una panda de los vuestros, ¿verdad? Vale, Dudley, entremos en el coche, ya has oído a este hombre, tenemos prisa.

De nuevo, Vernon marchó alejándose hacia la puerta delantera, pero Dudley no le siguió.

-¿Se larga con una panda de los *nuestros*?

Hestia estaba indignada. Harry se había encontrado con esta actitud antes. Las brujas y magos parecían sorprendidos porque sus parientes vivos más cercanos no mostraran el más mínimo interés en Harry Potter.

-Está bien, -la tranquilizó Harry-. No importa, de verdad.

-¿No importa? -repitió Hestia, alzando la voz-. ¿No comprende esta gente por lo que has tenido que pasar? ¿El peligro en el que estás? La posición única que tienes en el corazón del movimiento anti-Voldemort?

-Er... no, no lo comprenden, -dijo Harry-. Creen que soy un desperdicio de espacio, en realidad, pero estoy acostumbrado...

-Yo no creo que seas un desperdicio de espacio.

Si Harry no hubiera visto moverse los labios de Dudley, no se lo habría creído. Como así fue,

miró fijamente a Dudley durante varios segundos antes de aceptar que debía haber sido su primo el que había hablado por una razón, Dudley se había vuelto rojo. El propio Harry estaba avergonzado y atónito.

-Bueno... er... gracias, Dudley

De nuevo, Dudley pareció acosado por pensamientos demasiado difíciles de manejar, a juzgar por su expresión antes de refunfuñar.

-Me salvaste la vida.

-En realidad no, -dijo Harry-. Habría sido tu alma lo que se hubiera llevado el dementor...

Miraba con curiosidad a su primo. No habían tenido virtualmente ningún contacto durante este verano, ya que Harry había venido a Privet Drive muy brevemente, y había permanecido mucho tiempo en su habitación. Ahora se le ocurría a Harry, sin embargo, que la taza de té frío con lo que había tropezado esa mañana podría no haber sido una trampa estúpida después de todo. Aunque algo conmovido, se sintió no obstante bastante aliviado de que Dudley pareciera haber agotado su capacidad de expresar sus sentimientos. Después de abrir la boca una o dos veces más, Dudley cayó en un silencio con la cara escarlata.

Tía Petunia estalló en lágrimas. Hestia Jones le lanzó una mirada aprobadora que cambió a indignación cuando Tía Petunia se adelantó y abrazó a Dudley en vez de a Harry.

-Que dulce, Dudders... -sollozó en el enorme pecho de su hijo-. Que chico tan encantador... dando las gracias...

-¡Pero no ha dado las gracias en absoluto! -dijo Hestia indignada-. ¡Solo ha dicho que cree que Harry no es un desperdicio de espacio!

-Si, pero viniendo de Dudley eso es como un "te quiero", -dijo Harry; desgarrado entre la molestia y el deseo de reír cuando Tía Petunia contunió abrazada a Dudley como si este acabara de salvar a Harry de un edificio en llamas.

-¿Venís o no? -rugió Tío Vernon, reapareciendo de nuevo en la puerta del salón-. ¡Creía que teníamos un horario apretado!

-Si... si, lo tenemos, -dijo Dedalus Diggle, que había estado observando estos intercambios con un aire de diversión y ahora parecía estar rehaciéndose-. Realmente debemos marcharnos, Harry...

Se adelantó y estrechó la mano de Harry con las dos suyas.

- ...buena suerte. Espero que nos veamos de nuevo. Las esperanzas del mundo mágico descansan sobre tus hombros.

-Oh, -dijo Harry- claro. Gracias.

-Adios, Harry -dijo Hestia, también estrechando su mano-. Nuestros pensamientos están contigo.

-Espero que todo vaya bien, -dijo Harry con una mirada hacia Tía Petunia y Dudley.

-Oh, estoy seguro de que terminará siendo el mejor de los viajes, -dijo Diggle alegremente, saludando con su sombrero mientras abandonaba la habitación. Hestia le siguió.

Dudley se soltó gentilmente del abrazo de su madre y se acercó a Harry, quien tuvo que reprimir la urgencia de amenazarle con magia. Entonces Dudley extendió su gran mano rosa.

-Caray, Dudley, -dijo Harry sobre los renovados sollozos de Tía Petunia- ¿Los dementores afectaron tu personalidad?

-Supongo, -murmuró Dudley-. Hasta luego, Harry.

-Si... -dijo Harry, cogiendo la mano de Dudley y estreñándola-. Quizás. Cuídate, Gran D.

Dudley casi sonrió, después salió de la habitación. Harry oyó sus pesados pasos sobre la grava del camino de entrada, y después una puerta de coche que se cerraba.

Tía Petunia, cuya cara había estado enterrada en su pañuelo, levantó la mirada ante el sonido. No parecía haber esperado encontrarse a solas con Harry. Se metió apresuradamente el pañuelo en el bolsillo y dijo.

-Bueno... adios, -y marchó hacia la puerta sin mirarle.

-Adios, -dijo Harry.

Ella se detuvo y miró hacia atrás. Por un momento Harry tuvo el extraño presentimiento de que quería decirle algo; le lanzaba una extraña y trémula mirada y parecía a punto de hablar, pero entonces, con una pequeña sacudida de la cabeza, salió a toda prisa de la habitación tras su marido y su hijo.



## CAPÍTULO 4

### LOS SIETE POTTERS

Harry volvió corriendo escaleras arriba hasta su dormitorio, llegando a la ventana justo a tiempo para ver el coche de los Dursley dejar el camino de entrada y recorrer la carretera. El sombrero de copa de Dedalus era visible entre Tía Petunia y Dudley en el asiento de atrás. El coche giró a la derecha al final de Privet Drive, sus ventanas ardieron de color escarlata por un momento al sol que ya se ponía, y entonces desaparecieron.

Harry recogió la jaula de Hedwig, su Saeta de Fuego, y su mochila, echó a su antinaturalmente diminuto dormitorio una última mirada, y después se abrió paso desgarradamente escaleras abajo hasta el vestíbulo, donde depositó jaula, escoba, y mochila cerca de la escalera. La luz se desvanecía rápidamente, el vestíbulo se llenaba de sombras a la luz del atardecer. Sentía de lo más extraño estar allí de pie en silencio sabiendo que iba a abandonar la casa por última vez.

Hacía mucho tiempo, cuando se quedaba solo mientras los Dursley iban a divertirse por su cuenta, las horas de soledad habían sido un regalo escaso.

Haciendo una pausa solo para escamotear algo sabroso de la nevera, apresurarse a subir arriba a jugar con el ordenador de Dudley, o encender la televisión y cambiar los canales había contentado su corazón. Le provocaba una sensación rara y vacía recordar esos tiempos; era como recordar a un hermano menor al que había perdido.

-¿Quieres echar un último vistazo al lugar? -preguntó a Hedwig, que todavía estaba escondiendo la cabeza bajo el ala-. Nunca volveremos aquí. ¿Quieres recordad los buenos momentos? Quiero decir, mira este felpudo. Que recuerdos... Dudley vomitó sobre él después de que le salvara de los dementores... Imagina, estaba agradecido después de todo, ¿puedes creértelo?... Y el verano pasado, Dumbledore atravesó esa puerta...

Harry perdió el hilo de sus pensamientos por un momento y Hedwig no le ayudó a recuperarlo, sino que continuó sentada con la cabeza bajo el ala. Harry volvió sobre sus pasos a la puerta principal

-¡Y aquí abajo, Hedwig -Harry abrió una puerta bajo las escaleras- es donde solía dormir! No me conocías entonces... Caray, que pequeña, lo había olvidado...

Harry miró alrededor hacia los zapatos apilados y paraguas, recordando cómo solía despertar cada mañana viendo la parte de abajo de las escaleras, que con bastante frecuencia estaba adornada por una araña o dos. Aquellos habían sido días anteriores a saber nada sobre su verdadera identidad; antes de haber averiguado como habían muerto sus padres y por qué a menudo pasaban cosas tan raras a su alrededor. Pero Harry todavía podía recordar los sueños que le habían acosado, incluso en esos días: sueños confusos que incluían destellos de luz verde y una vez... Tío Vernon casi había estrellado el coche cuando Harry lo había contado... una moto voladora.

Hubo un rugido repentino y ensordecedor en algún lugar cercano. Harry se enderezó con una sacudida y se golpeó la coronilla con el marco bajo de la puerta. Deteniéndose sólo para emplear algunas de las palabrotas preferidas de Tío Vernon se tambaleó hasta la cocina, agarrándose la cabeza y mirando por la ventana al jardín trasero.

La oscuridad pareció ondear, el aire mismo tembló. Entonces, una por una, empezaron a aparecer figuras a la vista cuando los Encantamientos Desilusionadores se iban alzando. Dominando la escena estaba Hagrid, llegando un casco y guantes y sentado a horcajadas en una enorme motocicleta con un sidecar negro adjunto. A su alrededor los demás estaban desmontando de escobas y, en dos casos, de esqueléticos y negros caballos.

Abriéndole de golpe la puerta trasera, Harry se lanzó entre ellos. Hubo un grito general de saludo

mientras Hermione le lanzaba los brazos alrededor, Ron le palmeaba la espalda, y Hagrid decían "¿Todo bien, Harry? ¿Listo para partir?".

-Definitivamente, -dijo Harry, sonriendo a todos ellos-. ¡Pero no esperaba a tantos de vosotros!  
-Cambio de planes, -gruñó Ojoloco, que sujetaba dos enormes sacos, y cuyo ojo mágico estaba girando del cielo oscurecido a la casa y el jardín con mareante rapidez-. Pongámonos a cubierto antes de hablar de ello.

Harry les condujo de vuelta a la cocina donde, riendo y charlando, se sentaron en sillas, sobre los brillantes mostradores de Tía Petunia, o se apoyaron contra sus impolutos aparatos; Ron, alto y larguirucho; Hermione, con el pelo recogido en una larga trenza; Fred y George, sonriendo idénticamente; Bil, cubierto de cicatrices y con el pelo largo; el Señor Weasley, cara amable, con un comienzo de calvicie, sus gafas un poco torcidas; Ojoloco, desgastado por las batallas, con una sola pierna, su brillante ojo mágico azul girando en su cuenca; Tonks, cuyo pelo corto estaba de su tono favorito de brillante rosa; Lupin, más canoso, más agotado; Fleur, esbelta y hermosa, con su largo pelo rubio platino; Kingsley, calvo y de anchos hombros; Hagrid, con pelo y barba despeinados, permaneciendo encorvado para evitar golpearse la cabeza con el techo; y Mundungus Fletcher, pequeño, sucio y desaliñado, con su ojos redondos de perro de caza y su pelo enredado. El corazón de Harry pareció expandirse y resplandecer ante la visión. Se sentía increíblemente encariñado con todos ellos, incluso con Mundungus, a quien había intentado estrangular la última vez que se habían encontrado.

-Kingsley, creía que estabas ocupándote del Primer Ministro Muggle. -gritó a través de la habitación.

-Puede pasar sin mi una noche, -dijo Kingsley-. Tú eres más importante.

-¿Harry, sabes qué? -dijo Tonks desde su posición en lo alto de la lavadora, y contoneó su mano izquierda hacia él; un anillo refulgía allí.

-¿Te has casado? -chilló Harry, mirando de ella a Lupin.

-Siento que no pudieras estar allí, Harry, fue muy en secreto.

-Eso es genial, felici...

-Muy bien, muy bien, tendremos tiempo para una cariñosa bienvenida después, -rugió Moody sobre el tumulto, y se hizo el silencio en la cocina. Moody dejó caer sus sacos a sus pies y se volvió hacia Harry-. Como Dedalus probablemente te ha dicho, hemos abandonado el Plan A. Pius Thicknesse ha caído, lo que nos presenta un gran problema. Ha convertido en asunto penado con cárcel el conectar esta casa con la Red Flu, colocar aquí un Trasladador, o Aparecer dentro o fuera. Todo hecho por bien de tu protección, para evitar que Ya-sabes-quien llegue hasta ti. Una absoluta estupidez, dado que el encantamiento de tu madre ya hace eso. Lo que ha hecho en realidad es evitar que salgas de aquí a salvo.

-Segundo problema: Eres menor de edad, lo que significa que todavía pueden Rastreararte.

-No sé...

-¡El Rastro, el Rastro! -dijo Ojoloco impacientemente-. El encantamiento que detecta la actividad mágica alrededor de un menor de diecisiete años, ¡así es como el Ministerio está al corriente de la magia menor de edad! Si tú, o cualquiera a tu alrededor, lanza un hechizo para conseguir que salgas de aquí, Thicknesse lo sabrá, y también los mortifagos.

-No podemos esperar a que el Rastro se rompa, porque en el momento en que cumplas diecisiete perderás toda la protección que tu madre te dio. Para abreviar, Pius Thicknesse cree que ha conseguido acorralarte buena y apropiadamente.

Harry no pudo evitar estar de acuerdo con el desconocido Thicknesse.

-¿Entonces qué vamos a hacer?

-Vamos a utilizar los únicos métodos de transporte que nos quedan, los únicos que el Rastro no puede detectar, porque no necesitamos lanzar hechizos para utilizarlos: escobas, thertrals, y la motocicleta de Hagrid.

Harry podía ver defectos en ese plan; sin embargo, contuvo la lengua para dar a Ojoloco la oportunidad de señalarlas.

-Ahora bien, el encantamiento de tu madre se romperá solo con dos condiciones: cuando seas mayor de edad, o -Moody gesticuló hacia la immaculada cocina- cuando ya no llames a esta casa tu hogar. Tú, tu tía y tu tío estáis separándoos esta noche, se entiende plenamente que nunca más vais a vivir juntos, ¿correcto?

Harry asintió.

-Así que en ese momento, cuando salgas, no habrá vuelta atrás, y el encantamiento se romperá en el momento en que abandones sus límites. Estamos escogiendo romper el encantamiento antes, porque la alternativa es esperar a que Quien-tú-ya-sabes venga y te agarre en el momento en que cumplas diecisiete.

-La única cosa que tenemos a nuestro favor es que Quien-tú-ya-sabes no sabe que te trasladamos esta noche. Hemos filtrado un rastro en el Ministerio. Creen que no te marcharás hasta el treinta. Sin embargo, es con Quien-tú-ya-sabes con quien estamos tratando, así que no

podemos confiar en que se contende con la fecha equivocada; debe tener un par de mortifagos patrullando los cielos en el área en general, solo por si acaso. Así que hemos proporcionado a una docena de casas diferentes todas las protecciones que hemos podido lanzarles. Todas tienen el aspecto de poder ser el lugar donde vas a ocultarte, todas tienen alguna conexión con la Orden: mi casa, la de Kingsley, La de Muriel la tía de Molly... te haces una idea.

-Si, -dijo Harry, sin entender realmente, porque todavía podía divisar un gran agujero en el plan.

-Te llevaremos con los padres de Tonks. Una vez estés dentro de los límites de los hechizos protectores que hemos puesto en su casa podrás utilizar un Traslador hasta la Madriguera, ¿Alguna pregunta?

-Er... si, -dijo Harry-. Quizás no sepan a cual de las doce casas seguras me dirijo al principio, ¿pero no será obvio una vez -realizó un contoneo de cabeza rápido- catorce de nosotros volemos hacia la casa de los padres de Tonks?

-Ah, -dijo Moody-. Olvidé mencionar la clave del plan. Catorce de nosotros no volarán hacia la casa de los padres de Tonks. Habrá siete Harry Potters atravesando los cielos esta noche, cada uno de ellos con un compañero, cada pareja se dirigirá a una casa segura diferente.

De dentro de su capa Moody sacó ahora un frasco de lo que parecía barro. No hubo necesidad de que le dijeran una palabra más; Harry entendió el resto del plan inmediatamente.

-¡No! -dijo ruidosamente, su voz reverberó en la cocina-. ¡De ningún modo!

-Les dije que te lo tomarías así, -dijo Hermione con un dejo de complacencia.

-¡Si creéis que voy a dejar que seis personas arriesgen sus vidas...!

-...porque es la primera vez para todos nosotros, -dijo Ron.

-Esto es distinto, fingir ser yo...

-Bueno, a ninguno de nosotros le apetece mucho, Harry, -dijo Fred seriamente-. Imagina que algo sale mal y nos quedamos flacos y huesudos para siempre.

Harry no sonrió.

-No podéis hacerlo si no coopero, necesitáis que os dé algo de pelo.

-Bueno, ese es el fallo del plan, -dijo George-. Obviamente no hay ninguna posibilidad de que todos nosotros consigamos un poco de pelo si no cooperas.

-Si, trece contra uno, al que por cierto no le está permitido utilizar magia; no tenemos ninguna posibilidad, -dijo Fred.

-Que gracia, -dijo Harry-, realmente gracioso.

-Si tiene que ser a la fuerza, entonces así será, -gruñó Moody, su ojo mágico estaba ahora temblando en su cuenca mientras miraba fijamente a Harry-. Todo el mundo aquí es mayor de edad, Potter, y están preparados para afrontar los riesgos.

Mundungus se encogió de hombros e hizo una mueca, el ojo mágico viró lateralmente y le observó a través de la cabeza de Moody.

-No tenemos tiempo para discusiones. Se agota el tiempo. Quiero unos cuantos de tus cabellos, chico, ahora.

-Pero esto es una locura, no hay necesidad...

-¡No hay necesidad! -ladró Moody-. ¿Con Quien-tu-ya-sabes ahí fuera y la mitad del Ministerio de su parte? Potter, tendremos suerte si se ha tragado el cebo y está planeando emboscarte el treinta, pero tendría que estar loco para no tener a un mortifago o dos vigilándote, es lo que haría yo. Puede que no sea capaz de sacarte de esta casa mientras el encantamiento de tu madre aguante, pero este se romperá y saben la posición aproximada del lugar. Nuestra única oportunidad es utilizar señuelos. Ni siquiera Quien-tú-ya-sabes puedes dividirse a sí mismo en siete.

Harry encontró la mirada de Hermione y apartó la suya al instante.

-Así que, Potter... algunos de tus cabellos, si te place.

Harry miró fijamente a Ron, que le hizo una mueca al estilo hazlo-de-una-vez.

-¡Ya! -ladró Moody.

Con todos los ojos fijos en él, Harry subió la mano hasta su coronilla, agarró un manojo de cabellos, y tiró.

-Bien, -dijo Moody, avanzando cojeando mientras sacaba el tapón al frasco de poción-.

Directamente dentro, si te place.

Harry dejó caer el cabello en el líquido lodoso. En el momento en que este hizo contacto con su superficie, la poción empezó a echar espuma y vapor, al momento se volvió clara y de un dorado brillante.

-Ooh, pareces mucho más sabroso que Crabbe y Goyle, Harry, -dijo Hermione, antes de captar un vistazo de las cejas alzadas de Ron, ruborizarse ligeramente, y decir-, Oh, ya sabéis lo que quiero decir... la poción de Goyle sabía a bogies.

-Bien entonces, falsos Potter alineaos aquí, por favor, -dijo Moody.

Ron, Hermione, Fred, George, y Fleur se alienaron delante del brillante fregadero de Tía

Petunia.

-Nos falta uno, -dijo Lupin.

-Aquí, -dijo Hagrid roncamente, y alzó a Mundungus por el cogote y lo dejó caer junto a Fleur, que arrugó la nariz y se movió a la largo de la fila para quedar entre Fred y George.

-Soy un soldado, yo más bien sería un protector, -dijo Mundungus.

-Cállate, -gruñó Moody-. Como ya te he dicho, gusano invertebrado, cualquier mortifago del que huyamos apuntará para capturar a Potter, no para matarle. Dumbledore siempre dijo que Quien-tu-ya-sabes querría acabar con Potter en persona. Serán los protectores los que más tengan que preocuparse, los mortifagos querrán matarlos.

Mundungus no parecía particularmente tranquilizado, pero Moody ya estaba sacando media docena de vasos del tamaño de hueveras de su abrigo, que repartió, antes de verter un poco de Poción Multijugos en cada uno de ellos.

-Juntos, ya...

Ron, Hermoine, Fred, George, Fleur y Mundungos bebieron. Todos ellos jadearon e hicieron muecas cuando la poción golpeó sus gargantas; al instante, sus rasgos empezaron a burbujear y deformarse como cera caliente. Hermione y Mundungus se disparaban hacia arriba; Ron, Fred y George estaban encogiéndose; su cabello se estaba oscureciendo, el de Hermione y Fleur pareció salir disparado hasta sus cráneos.

Moody, bastante despreocupado, estaba ahora soltando los lazos del mayor de los sacos que había traído con él. Cuando se volvió a enderezar, había seis Harry Potters jadeando y resoplando frente a él.

Fred y George se giraron el uno hacia el otro y dijeron juntos.

-Guau... ¡somos idénticos!

-Sin embargo creo que aún así yo sigo siendo más guapo, -dijo Fred, examinando su reflejo en un hervidor.

-Bah, -dijo Fleur, comprobándose a sí misma en la puerta del microhondas-. Bill, no me miges... estoy *hogenda*.

-Aquellos cuya ropa le venga un poco holgada, tengo alguna más pequeña aquí, -dijo Moody, señalando al primer saco-. y viceversa. No olvidéis las gafas, hay seis pares en el bolsillo interior. Y cuando os vistáis, hay equipaje en el otro saco.

El auténtico Harry pensaba que esto podría ser la cosa más rara que había visto nunca, y había visto algunas extremadamente raras. Observó a sus seis dobles rebuscando en los sacos, sacando juegos de ropa, poniéndose gafas, haciendo la suyas a un lado. Estuvo a punto de pedirles que mostraran un poco de respeto por la privacidad cuando empezaron a quitársela con impunidad, claramente más a gusto al exponer su cuerpo de lo que hubieran estado con los suyos propios.

-Sabía que Ginny mentía sobre ese tatuaje, -dijo Ron, bajando la mirada a su pecho desnudo.

-Harry, tu vista es realmente fatal, -dijo Hermione, mientras se ponía las gafas.

Una vez vestidos, los falsos Harry tomaron equipaje y jaulas de lechuzas, cada una contenía una esponjosa lechuga nevada, del segundo saco.

-Bueno, -dijo Moody, cuando al fin siete Harrys vestidos, con gafas, y cargados de equipaje le miraron-. Las parejas serán las siguientes: Mundungus viajará conmigo, en escoba...

-¿Por qué yo contigo? -gruñó el Harry más cercano a la puerta trasera.

-Porque tú eres el que necesita vigilancia, -gruñó Moody, y estaba claro, su ojo mágico no se despegaba de Mundungus mientras hablaba-. Arthur y Fred...

-Soy George, -dijo el gemelo al que Moody estaba señalando-. ¿Ni siquiera puedes diferenciarnos cuando somos Harry?

-Lo siento, George...

-Somo me quedaba con tu varita, en realidad soy Fred...

-¡Ya basta de liarla! -ladró Moody-. El otro... George o Fred o quienquiera que seas... tú con Remus. La Señorita Delacour...

-Yo llevo a Fleur en un thestral, -dijo Bill-. No le gustan mucho las escobas.

Fleur se acercó para ponerse a su lado, lanzándole una mirada sentimentaloides y servil que Harry esperaba de todo corazón que nunca volviera a aparecer en su cara.

-La Señorita Granger con Kingsley, de nuevo en thestral...

Hermione pareció tranquilizada mientras respondía a la sonrisa de Kingsley; Harry sabía que a Hermione le faltaba también confianza con la escoba.

-¡Lo que nos deja a tí y a mí, Ron!, -dijo Tonks alegremente, golpeando un soporte de papel de cocina mientras saludaba hacia él.

Ron no parecía tan complacido como Hermione.

-Y tú conmigo, Harry. ¿Te parece bien? -dijo Hagrid, que parecía un poco ansioso-. Iremos en la moto, las escobas y los thestrals no pueden con mi peso, ya ves. No hay mucho espacio en el asiento conmigo, así que tendrás que ir en el sidecar.

-Genial, -dijo Harry, no muy sinceramente.

-Creemos que los mortifagos esperará que vayas en escoba, -dijo Moody, que pareció suponer lo que Harry estaba sintiendo-. Snape ha tenido tiempo suficiente para contarles de ti lo que nunca antes ha mencionado, así que si topamos con algún mortifago, apostamos a que escogerá al Potter que parezca a gusto en la escoba. Todo bien entonces, -siguió, atando el saco con la ropa de los falsos Potters y abriendo camino hacia la puerta-. Faltan tres minutos hasta la hora en la que se supone que debemos salir. No servirá de nada cerrar la puerta trasera, no mantendrá fuera a los mortifagos cuando vengan. Vamos...

Harry se apresuró a reunir su mochila, su Saeta de Fuego y la jaula de Hedwig y siguió al grupo hacia el oscuro jardín trasero.

Por todas partes palos de escobas saltaban a las manos; Hermione estaba ya siendo ayudada por Kingsley a subir a un gran thestral, Fleur a otro por Bill. Hagrid estaba listo y de pie junto a la motocicleta, con los guantes puestos.

-¿Es esta? ¿La moto de Sirius?

-La mismísima, -dijo Hagrid, sonriendo a Harry-. ¡Y la última vez que montaste en ella, Harry, me cabías en una mano!

Harry no pudo evitar sentirse un poco humillado al meterse en el sidecar. Eso lo colocaba a varios pies más abajo que todos los demás. Ron sonrió burlonamente al verle sentado allí como un niño en un cochecito de bebé. Harry colocó su mochila y escoba entre los pies y se encajó la jaula de Hedwig entre las rodillas. Estaba extremadamente incómodo.

-Arthur le ha hecho unos pequeños arreglos, -dijo Hagrid, totalmente ignorante de la incomodidad de Harry. Se colocó a horcajadas sobre la motocicleta, que crujió ligeramente y se hundió unos centímetros en el suelo-. Ahora tiene unos cuantos ases en la manga. Eso fue idea mía. -Señaló con un dedo grueso a un botón púrpura cerca del cuentakilómetros.

-Por favor ten cuidado, Hagrid, -dijo el Señor Weasley, que estaba de pie junto a ellos, sujetando su escoba-. Todavía no estoy seguro de que sea aconsejable e indudablemente solo para usar en caso de emergencia.

-Bien entonces, -dijo Moody-. Todo el mundo preparado, por favor. Quiero que todos salgamos exactamente al mismo tiempo o el efecto de la diversión se perderá.

Todo el mundo sacudió la cabeza.

-Agárrate fuerte, Ron, -dijo Tonks y Harry vio como Ron lanzaba una mirada forzada y culpable a Lupin antes de colocar las manos a cada lado de la cintura de Tonks. Hagrid pateó volviendo la motocicleta a la vida. Esta rugió como un dragón, y el sidecar empezó a vibrar.

-Buena suerte a todos, -gritó Moody-. Nos veremos más o menos en una hora en la Madriguera. A la de tres. Uno... dos... TRES.

Hubo un gran rugido proveniente de la motocicleta, y Harry sintió como el sidecar daba una bandazo. Se estaba alzando en el aire con rapidez, sus ojos lagrimeaban ligeramente, el pero azotado hacia atrás de su cara. Alrededor de él las escobas alzaban también el vuelo; la larga cola de un thestral pasó a su lado. Sus piernas, atoradas en el sidecar por la jaula de Hedwig y su mochilla, ya estaban magulladas y empezaban a entumecerse. Tan grande era su incomodidad que casi olvidó echar un vistazo al número cuatro de Privet Drive. Para cuando miró por el borde del sidecar ya no podía decir cual de ellas era.

Y entonces, salidos de ninguna parte, de la nada, les rodearon. Al menos treinta figuras encapuchadas, suspendidas en medio del aire, formando un gran círculo en el medio del que los miembros de la Orden había alzado el bueno, ignorantes.

Gritos, una llamarada de luz verde por cada lado. Hagrid soltó un grito y la motocicleta se dio la vuelta. Harry perdió cualquier noción de donde estaban. Farolas sobre él, gritos a su alrededor, se estaba aferrando al sidecar por su vida. La jaula de Hedwig, la Saeta de Fuego, y su mochila resbalaban de sus rodillas.

-No... ¡AYUDA!

La escoba se le escapó, pero se las acababa de arreglar para agarrar la correa de su mochila y la parte de arriba de la jaula cuando la motocicleta se puso derecha otra vez. Un segundo de alivio, y después otra explosión de luz verde. La lechuza chilló y cayó al suelo de su jaula.

-No... ¡NO!

La motocicleta avanzaba zumbando; Harry captó vistazo de mortifagos apartándose mientras Hagrid atravesaba su círculo.

-Hedwig... Hedwig...

Pero la lechuza yacía inmóvil y patética como un juguete en el suelo de su jaula. No podía creérselo, y su terror por los otros fue supremo. Miró sobre su hombro y vio una masa de gente moviéndose, destellos de luz verde, dos parejas en escobas se perdían en la distancia, pero no podía decir quienes eran...

-Hagrid, tenemos que volver, ¡tenemos que volver! -gritó sobre el atronador rugido del motor, sacando su varita, dejó la jaula de Hedwig en el suelo, negándose a creer que estuviera

muerta-. ¡Hagrid, DA LA VUELTA!

-¡Mi trabajo es mantenerte a salvo, Harry! -bramó Hagrid, y apretó el acelerador.

-¡Para... PARA! -gritó Harry, pero cuando volvió a mirar atrás dos disparos de luz verde pasaron junto a su oreja izquierda. Cuatro mortifagos se habían separado del círculo y estaban persiguiéndolos, apuntando a la amplia espalda de Hagrid. Hagrid viró, pero los mortifagos mantenían el paso a la moto; más maldiciones fueron lanzadas tras ellos. Retorciéndose para darse la vuelta gritó. "*¡Desmanium!*" y un rayo de luz rojo salió disparado de su varita, abriendo una brecha entre los cuatro mortifagos perseguidores que se dispersaron para evitarlo.

-¡Agárrate, Harry, esto los despistará! -rugió Hagrid, y Harry levantó la mirada justo a tiempo para ver como Hagrid estampaba un dedo grueso en un botón verde cerca de la válvula del combustible.

Una pared, una negra pared sólida, hizo erupción desde el tubo de escape. Estirando el cuello, Harry vio como se expandía quedando en medio del aire. Tres de los mortifagos viraron y la evitaron, pero el cuarto no tuvo tanta suerte. Se perdió de vista y después cayó como una piedra de detrás de la pared, con la escoba rota en pedazos. Uno de sus compañeros se quedó atrás para salvarte, pero ellos y la pared fueron tragados por la oscuridad cuando Hagrid se inclinó sobre el manillar y aceleró.

Más Maldiciones Imperdonables pasaron volando junto a la cabeza de Harry salidas de las varitas de los dos mortifagos que quedaban; estaban apuntando a Hagrid. Harry respondió con más Hechizos Desmanium. Rojo y verde colisionaron en medio del aire con una lluvia de chispas, y Harry pensó salvajemente en fuegos artificiales, y en los muggles de abajo que no tendrían ni idea de qué estaba ocurriendo.

-¡Allá vamos de nuevo, Harry, sujétate! -chilló Hagrid, y apretó un segundo botón. Esta vez una gran red surgió del tubo de escape, pero los mortifagos ya estaban preparados para ello. No solo la esquivaron, sino que el compañero que se había retrasado para salvar a su amigo inconsciente les había alcanzado. Surgió repentinamente de la oscuridad y ahora eran tres los que perseguían a la motocicleta, todos lanzando maldiciones.

-¡Esto funcionará, Harry, agárrate fuerte! -chilló Hagrid, y Harry le vio golpear con la mano entera el botón púrpura junto al cuentakilómetros.

Con un inconfundible bramido, fuego de dragón explotó del tubo de escape, ardiente blanco y azul, y la motocicleta salió disparada hacia adelante como una bala con un sonido de metal que se retorció. Harry vio a los mortifagos amargar y perdersen de vista para evitar el rastro mortífero de llamas, y al mismo tiempo sintió como el sidecar se balanceaba amenazadoramente. Sus conexiones de metal con la moto se habían astillado con la fuerza de la aceleración.

-¡Todo va bien, Harry! -bramó Hagrid, ahora estirado hacia atrás por la fuerza de la velocidad; nadie conducía ya, y el sidecar estaba empezando a retrocerse violentamente con la fuerza del viento de aceleración.

-¡Estoy en ello, Harry, no te preocupes! -chilló Hagrid, y del bolsillo interior de su chaqueta sacó su florido paraguas rosa.

-¡Hagrid! ¡No! ¡Déjame a mí!

-*¡Reparo!*

Se oyó un golpe sordo y el sidecar se separó completamente de la moto. Harry salió despedido hacia adelante, propulsado por el ímpetu del vuelo de la moto, después el sidecar empezó a perder altura.

Desesperado Harry apuntó su varita hacia el sidecar y gritó,

-*¡Wingardium Leviosa!*

El sidecar se levantó como un corcho, sin timón pero al menos todavía aerotransportado. No había tenido más que un segundo de alivio, sin embargo, cuando más maldiciones pasaron a su lado. Los tres mortifagos se estaban acercando.

-¡Ya voy, Harry! -gritó Hagrid desde la oscuridad, pero Harry podía sentir como el sidecar empezaba a hundirse de nuevo. Agachándose tanto como pudo, apuntó en medio de las figuras que se acercaban y gritó.

-*¡Impedimenta!*

El maleficio golpeó en medio del pecho de un mortifago. Por un momento el hombre quedó ridículamente estirado en medio del aire como si hubiera golpeado una barrera invisible. Uno de sus compañeros casi colisionó con él.

Entonces el sidecar empezó a caer fervorosamente, y los mortifagos que quedaban dispararon una maldición tan cerca que Harry tuvo que agacharse por debajo del borde del coche, golpeándose un diente en el borde de su asiento.

-¡Ya llego, Harry, ya llego!

Una mano enorme agarró la espalda de la túnica de Harry y le sacó del sidecar que caía en picado; Harry aferró su mochila mientras se colgaba del asiento de la moto y se encontró espalda con espalda con Hagrid. Mientras remontaban el vuelo, alejándose de los dos

mortifagos que quedaban, Harry escupió sangre por la boca, apuntó su varita hacia el sidecar que caía, y gritó,

*-iConfringo!*

Sintió un retortijón atroz del intestino por Hedwig cuando este explotó; el mortifago más cercano salió despedido de su escoba y cayó fuera de la vista; su compañero cayó hacia atrás y se desvaneció.

-Harry, lo siento, lo siento, -gimió Hagrid-. No debería haber intentado repararlo yo mismo... no había espacio...

-iNo hay problema, solo sigue volando! -gritó Harry en respuesta, cuando dos mortifagos más emergieron de la oscuridad, acercándose.

Cuando las maldiciones llegaron atravesando velozmente el espacio intermedio, Hagrid hizo un viraje y zigzagueó. Harry sabía que Hagrid no se atrevía a utilizar el botón de fuego de dragón de nuevo, con Harry tan inseguramente sentado. Harry envió un Encantamiento Desmaniun tras otro hacia sus perseguidores, apenas conteniéndoles. Lanzó otra maldición contenedora hacia ellos. El mortifago más cercano viró para evitarla y se le resbaló la capucha, y a la luz roja de su siguiente Encantamiento Desmaniun, Harry vio la cara extrañamente en blanco de Stanley Shunpike... Stan.

*-iExpelliarmus!* -gritó Harry.

-iEs él, es él, es el auténtico!

El grito del mortifago encapuchado alcanzó a Harry incluso por encima del tronar del motor de la motocicleta. Al momento siguiente, ambos perseguidores se habían quedado atrás y desaparecido de la vista.

-¿Harry, qué ha pasado? -gritó Hagrid-. ¿Adónde han ido?

-iNo lo sé!

Pero Harry tenía miedo. El mortifago encapuchado había gritado "¡Es el auténtico!", ¿cómo lo había sabido? Miró alrededor hacia la oscuridad aparentemente vacía y sintió la amenaza.

¿Dónde estaban?

Se dio la vuelta en el asiento para mirar hacia adelante y tensó el apretón sobre la espalda de la chaqueta de Hagrid.

-iHagrid, haz de nuevo la cosa esa del fuego de dragon, salgamos de aquí!

-iEntonces agárrate fuerte, Harry!

De nuevo el rugido repentino y estridente y el fuego blanco azulado salió disparado del tubo de escape. Hagrid fue lanzado hacia atrás sobre él, apenas manteniendo su agarre sobre el manillar.

-Creo que los hemos perdido, Harry, ¡creo que lo hemos conseguido! -gritó Hagrid.

Pero Harry no estaba convencido. El miedo le asaltó mientras miraba a derecha e izquierda buscando a los perseguidores que estaba seguro que vendrían... ¿Por qué se habían quedado atrás? Uno de ellos todavía tenía una varita... *Es él... es el auténtico...* Lo habían dicho justo después de que hubiera intentando desarmar a Stan....

-iYa casi estamos, Harry, casi lo hemos conseguido! -gritó Hagrid.

Harry sintió la moto descender un poco, aunque las luces del suelo todavía parecían estrellas distantes.

Entonces la cicatriz de su frente ardió como fuego, mientras un mortifago aparecía a cada lado de la moto, dos Maldiciones Imperdonables fallaron a Harry por milímetros, lanzadas desde atrás.

Y entonces Harry le vio. Voldemort estaba volando como humo en el viento, sin escoba o thestral que le sujetara, su cara de serpiente brillaba en la oscuridad, sus dedos alzaron de nuevo su varita...

Hagrid dejó escapar un bramido de miedo y dirigió la motocicleta a un picado vertical.

Aferrándose por su propia vida, Harry lanzaba Encantamientos Desmaniun al azar en la vertiginosa noche. Vio a un chico pasar volando junto a él y supo que había sido alcanzado por uno de ellos, pero después oyó un golpe y vio chispas en el motor; la moto atravesaba el aire girando en espiral, completamente fuera de control.

Destellos de luz pasaron de nuevo junto a ellos. Harry no tenía ni idea de qué era arriba y qué abajo. Su cicatriz todavía ardía, esperaba morir en cualquier momento. Una figura encapuchada sobre una escoba estaba a centímetros de él, le vio alzar un brazo.

-iNO!

Con un grito de furia Hagrid se lanzó fuera de la moto hacia el mortifago; para su horror, Harry voy como ambos caían perdiéndose de vista, su peso combinado era demasiado para la escoba. A duras penas aferrándose con las rodillas a la moto que caía en picado, Harry oyó a Voldemort gritar.

-iEs mío!

Se había acabado. No podía ver donde estaba Voldemort; vislumbró a otro mortifago

apartándose y oyó.

*-Avada...*

Cuando el dolor de la cicatriz de Harry le obligó a cerrar los ojos, su varita actuó por su propia cuenta. La sintió arrastrar su mano como un gran imán, vio un fogonazo de fuego dorado a través de los párpados entrecerrados, oyó un crujido y un grito de furia. El mortifago que quedaba chilló; Voldemort gritó

-¡NO!

De algún modo, Harry encontró su nariz a un centímetro del botón de fuego de dragón. Lo apretó con la mano libre de la varita y la moto disparó más llamas al aire, cayendo directamente hacia el suelo.

-¡Hagrid! -llamó Harry, sujetándose a la moto por su vida-. Hagrid... *¡Accio Hagrid!*

La moto aceleró, succionada hacia el suelo.

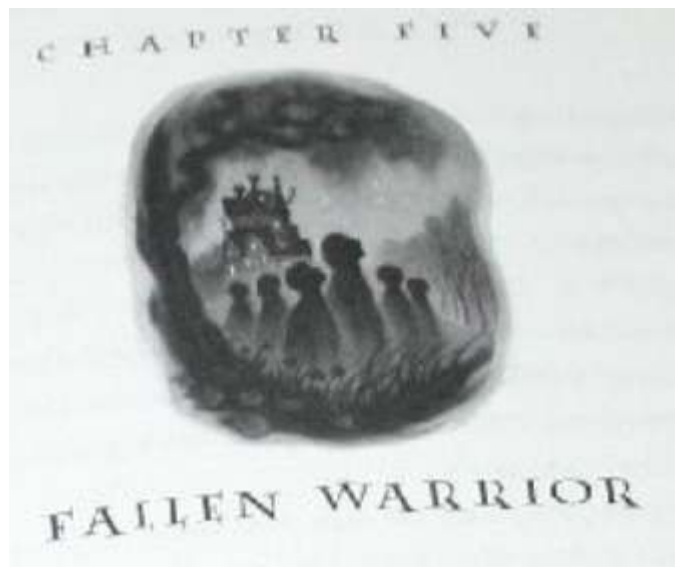
Con la cara al nivel del manillar, Harry no podía ver nada excepto las lejanas luces acercándose más y más. Iba a estrellarse y no había nada que pudiera hacer al respecto. Tras él llegó otro grito.

-¡Tu varita, Selwyn, dame tu varita!

Sintió a Voldemort antes de verle. Mirando de reojo, encontró la mirada de los ojos rojos y estuvo seguro de que serían la última cosa que vería: Voldemort preparándose para maldecirle una vez más.

Y entonces Voldemort se desvaneció. Harry miró abajo y vio a Hagrid despatarrado sobre el suelo bajo él. Tiró con fuerza del manillar para evitar golpearle, buscó a tientas el freno, pero con un choque ensordecedor que hizo temblar la tierra, se estrelló contra un estanque enlodado.

Traducido por: Crislibros, LLL



## CAPÍTULO 5

EN PROCESO ^^